

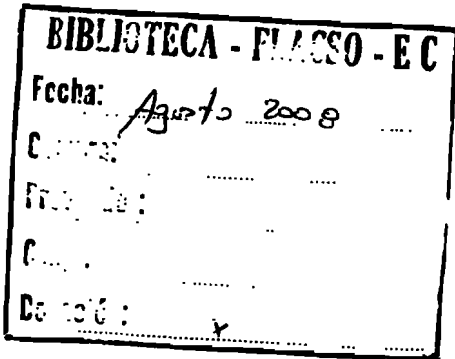
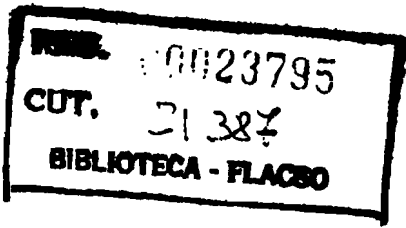
JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER, MARTÍN HOPENHAYN
TOMÁS MOULIAN, LUDOLFO PARAMIO

Paradigmas de conocimiento y práctica social en Chile

FLACSO - EMBUSCO

Flacso
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

300.72.
P211P



Paradigmas de conocimiento y práctica social en Chile.
José Joaquín Brunner, Martín Hopenhayn,
Tomás Moulian y Ludolfo Paramio.

© FLACSO
Inscripción N° 87.485
I.S.B.N. 956-205-063-7

Diseño de portada: Patricio Andrade y Mauricio Espinoza
Diseño interior: Patricio Andrade
Composición: Jorge Gacte
Producción editorial: Eduardo Díaz E.
Impresión: S.R.V. Impresos S.A.
Tocornal 2052 - Fonofax: 551- 9123
Santiago.

Se terminó de imprimir en
Agosto de 1993.
IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE.

Indice

Prólogo	9
La investigación social positiva y la utilización del conocimiento José Joaquín Brunner	15
El marxismo en Chile: Producción y utilización Tomás Moulian	107
El materialismo histórico como programa de investigación Ludolfo Paramio	163
El humanismo crítico como campo de saberes sociales en Chile Martín Hopenhayn	203

investigación social positiva, que de pronto quedó reducido a una sola generación de investigadores y recluido en unos pocos departamentos universitarios y, parcialmente, en la CEPAL.

Para nuestro análisis tiene mayor interés averiguar qué ocurrió con ese cambio de hegemonías en el campo de los sistemas de investigación social, con el programa de investigación de la modernización y con su propuesta de una planeación democrática como forma relativamente compleja de utilización del conocimiento producido por la investigación social.

Demás está decir que el programa de la modernización corrió la misma suerte del sistema de investigación que le había dado origen, disolviéndose él mismo bajo las nuevas condiciones de hegemonía que empezaban a regular el mundo de la investigación social y de su aplicación⁷⁶. De hecho, se postuló que la idea de la planeación se hallaba ella misma indisolublemente ligada al estructural-funcionalismo, de donde provenían justamente sus limitaciones y deficiencias. Así, Carlos Borsotti, que ha analizado este asunto en detalle⁷⁷, llega a las siguientes conclusiones.

Primero, que la planificación recurre a un paradigma estructural funcionalista. Esta sería la orientación teórica, metodológica y técnica que comparten los diversos planes latinoamericanos, independientemente de la terminología que empleen. *Segundo*, la «planificación social» se inscribiría en ese mismo paradigma, especialmente desde el momento que acepta una aparente autonomía de «lo social» por contradistinción con lo económico y lo político. «Sólo en el estructural-funcionalismo se da la posibilidad de abstraer lo social en sí y de tratarlo como un sistema autónomo». *Tercero*, la utilización de ese paradigma llevaría a una serie de consecuencias, entre ellas: (a) adopción de una «óptica tecnocrática según la cual la sociedad aparece como intrínsecamente manipulable»; (b) «ausencia de criterios teóricos y prácticos para decidir prioridades en las políticas y en las acciones»; (c) indefinición en el uso de las categorías de estructura y coyuntura y, consecuentemen-

76. Véase al respecto, Solari, A., Franco, R. y Jutkowitz, J. *op. cit.*, pp. 100 y ss. y 138 y ss.

77. Véase Borsotti, Carlos, «Las teorías sociológicas y la planificación social: diferentes paradigmas y sus consecuencias», en Franco, Rolando (coord.), *Planificación social en América Latina y el Caribe*, ILPES-UNICEF, Santiago de Chile, 1981. Nos referiremos, en las citas que siguen, a este artículo.

te, nominalismo en la identificación de los sujetos incluidos en el plan, sin considerar su grado de organización y representatividad histórico-concretos; (d) desconsideración de los aspectos políticos y de poder en el proceso de planificación; (e) uso universalizante de los instrumentos de la planificación, dado que la teoría subyacente no distingue la concretitud del espacio/tiempo histórico; (f) visión externalista de los sujetos, los que son reducidos a variables manipulables, reforzándose con ello la óptica de manipulación tecnocrática. *Cuarto*, en suma, inadecuación generalizada del estructural-funcionalismo para captar la realidad de lo social y, por ende, incapacidad de la planificación fundada sobre ese paradigma para poder actuar con eficacia.

Sin necesidad de entrar aquí en un análisis pormenorizado de la crítica de Borsotti, bien extendida por lo demás entre los críticos del programa latinoamericano de la modernización, llama en cualquier caso la atención la distancia que existe entre ella y los supuestos de una planeación democrática tal como habían sido formulados por Medina. De hecho, esta crítica no captura el fondo del asunto que tensamente estaba tratando de proponer Medina, consistente en un modelo de racionalización no-selectiva de las sociedades latinoamericanas a través de la combinación de democracia y desarrollo, en un marco categorial que partía del reconocimiento de la diversidad de planos de racionalidad social y del reconocimiento simultáneo de una compleja distribución social del conocimiento disponible. Es en este contexto —que los críticos pasan por alto— donde Medina, precisamente, buscaba formular su propuesta de planeación como un modelo político-técnico de intervención de la propia sociedad sobre sí misma. El vínculo entre ese modelo y el marco categorial del estructural funcionalismo era, en el mejor de los casos, tenue, desde el mismo momento en que Medina operaba desde un plano de recepción y asimilación críticas de ese paradigma, y no en uno de su mera traducción al castellano y aplicación mecánica a la realidad de los países de la región.

Más bien, pensamos que el fracaso de la propuesta de un planeamiento democrático de la sociedad estuvo directamente condicionado por la radical mutación que estaban experimentando las condiciones sociales, políticas e intelectuales de operación de ese modelo, las que a poco andar lo volvieron inaplicable. En efecto, por esos años la propia noción de democracia pierde vigencia bajo la presión de los esquemas revolucionarios de origen marxista o de los esquemas autoritarios de origen militar, al tiempo que la idea de un desarrollo

planeado perdía vigor frente a las doctrinas que postulaban la autorregulación de la sociedad a través del expansivo papel del mercado.⁷⁸

Tal vez uno de los pocos pensadores que retoma el tema de la planeación social «a lo Medina», al modo que aquí nos interesa, sea Angel Flisfisch. Ya en un momento de agotamiento de esas otras dos opciones —la revolucionaria y la autoritaria—, Flisfisch propone repensar la planificación a partir del concepto de los derechos humanos⁷⁹. Plantea que la planificación social puede ser organizada indistintamente como una actividad pública o privada, pero que es a través del Estado, por sus capacidades regulatorias e imperativas, que ella alcanza su expresión más acabada. Lo decisivo, para este autor, es encontrar un fundamento valorativo y constitutivo de la planificación social que, por un lado, esté provisto de suficiente *generalidad* como para no restringir en demasía el dominio de experiencias y prácticas a considerar y que, por otra parte, presente un carácter relativamente *neutro*, de modo que no implique un compromiso con un modelo específico de sociedad.

Flisfisch postula que esa fundamentación podría encontrarse en la noción universalista de los derechos humanos, cuya determinación particularizada en cada situación supondría un proceso de interpretación. En el orden más general, esa interpretación admite la opción por diversos modelos de sociedad, sin restar por ello al fundamento valorativo de la planificación. Existiría, pues, una heterogeneidad posible del fundamento de valor de la planificación, que se corresponde con el carácter pluralista de una sociedad democrática. En otras palabras, la planificación social no puede entenderse como la teoría de un modelo específico de sociedad. Pero, por el mismo concepto, ella no puede ser reducida meramente a sus aspectos técnicos. Comporta aspectos y dimensiones técnicas pero requiere, asimismo, el uso de enfoques o puntos de vista complementarios. Asimismo, ella debe incluir una variedad de conocimientos provenientes no sólo de las ciencias sociales sino de una variedad de disciplinas aplicadas, también de aquellas

78. Al respecto puede verse Moulian, Tomás, *Democracia y socialismo en Chile*, FLACSO, Santiago de Chile, 1983; Flisfisch, Angel, «La Polis Censitaria: La política y el mercado» y Brunner, José Joaquín, «Ideología, legitimación y disciplinamiento: nueve argumentos», ambos en VV. AA., *Autoritarismo y alternativas populares en América Latina*, FLACSO, San José de Costa Rica, 1982.

79. Véase Flisfisch, Angel, «Los derechos humanos como fundamentación de la planificación social», en R. Franco (coord.), *op. cit.*

propias del campo de las ciencias naturales. Finalmente, debe contener un conjunto de criterios o principios heurísticos que posibiliten la toma de decisiones concretas frente a las situaciones y problemas que se le plantean. Dichos principios o criterios se hallan, a su vez, íntimamente vinculados al fundamento de valor interpretativamente elaborado.

De donde Flisfisch deduce que el principio de unidad de la planificación así entendida residiría en su ser un «modo de razonar» frente a las situaciones y problemas. Ese modo de razonar debe ser entendido como aquel que conduce a la ingeniería social; o sea, como aquel que es propio de una «ciencia de la acción». El hecho, entonces, que la planificación se constituya como «un cuerpo de conocimientos heterogéneos, una pluralidad de técnicas probablemente disímiles y un conjunto de principios heurísticos, con una clara filiación normativa, permite hablar de la planificación social como una «ingeniería social». A tal ingeniería social, más complejamente concebida que el *social engineering* de Hauser, se le pide asimismo más:

- a) La capacidad de *problematizar* situaciones sociales, teniendo como referencia la finalidad de promover y actualizar los derechos humanos (recuérdese aquí las funciones de diagnóstico y tesis del *modelo* de Vekemans, regido por un cuerpo doctrinario).
- b) La capacidad de *explicar* causalmente la situación existente, en términos del conocimiento acumulado por las diversas disciplinas que deben concurrir al examen de los problemas.
- c) La capacidad de identificar cursos alternativos de evolución de la situación y de ofrecer *estrategias* de transformación o soluciones para los problemas planteados.
- d) La capacidad de llegar a *decisiones racionales* en términos de esos problemas, esto es, de optar por las estrategias o soluciones preferibles.

Ahora bien, de acuerdo con Flisfisch, ninguna de esas capacidades debería someterse a la exigencia de una racionalidad estricta, lo cual, señala, parece particularmente aplicable a las funciones (a) y (c) de la planificación. Más cerca pues de la noción de planificación gradual popperiana, la propuesta de Flisfisch descansa en el «único supuesto (...) de una cierta confianza en la capacidad humana para hacer algo mejores, o menos peores, las situaciones existentes, en términos de la promoción y actualización de los derechos humanos». En este sentido,

concluye, «el enfoque adoptado está más cercano del *problem solving* que a aquellos que imputan capacidades de comportamiento racional fuertemente exigente».

El supuesto de una racionalidad limitada o parcial vendría impuesto, primero, por la condición «situada» de la planificación social, la que opera habitualmente en circunstancias de información subóptimas. Segundo, porque la aplicación de principios o criterios heurísticos exige procedimientos de interpretación que conducen a una indeterminación mayor o menor de los términos del problema que se enfrenta. En suma, se trataría aquí de actuaciones regidas por una *racionalidad acotada*, tal como ella se describe en buena parte de la literatura contemporánea sobre las organizaciones.⁸⁰

En suma, constatamos que las propuestas de planeación, tal como ellas venían siendo elaboradas dentro del programa de la modernización, sucumben bajo el peso de la crítica que experimenta dicho programa y la simultánea pérdida de hegemonía del sistema de investigación dentro del cual esas propuestas se habían generado. Paralelamente, las propias experiencias de planificación fueron pronto sujetas a un balance negativo, como se aprecia en el siguiente pasaje:

analizar las experiencias de planificación de la mayoría de los países deja una abrumadora sensación de desaliento e inutilidad. (...) En la actualidad, el optimismo ha cedido lugar a una actitud cínica y los planificadores han sido atacados desde todos los flancos y se han convertido en el chivo expiatorio de políticos, consultores, académicos y de amplios sectores de la opinión pública.⁸¹

Puede sostenerse, con todo, que desde el interior del programa de la modernización se gestó, llegó a desarrollarse y quedó abierta la *posibilidad* de pensar la planeación como una actividad político-intelectual y técnica que intenta usar el conocimiento para operar en un medio sujeto a diversas formas de racionalización y saturado por

80. Ver al respecto March, James and Olsen, Johan, *Ambiguity and Choice in Organizations*. Universitets-forlaget, Bergen, 1976.

81. Bromley, Ray, «El Proceso de planificación: lecciones del pasado y un modelo para el futuro». En R. Franco (coord.), *op. cit.*, p. 89. Para una visión crítica de la planificación en la perspectiva que aquí interesa ver Ilophenayn, Martín, «Crisis de legitimidad en el Estado planificador», ILPES, 1988.

conocimientos distribuidos socialmente de manera desigual. En el capítulo siguiente exploraremos esa «posibilidad», ahora en condiciones de una modernidad que se ha vuelto crítica de sus propios supuestos de racionalidad y a la luz de los desarrollos contemporáneos de un sistema de investigación social que, en adelante, convendría llamar «postpositiva».

3. Más allá de la investigación social positiva: conocimientos, transmisiones, usos

...el problema principal de la época moderna... es... cómo nuestra forma normal de ver el mundo —la experiencia del mundo que tenemos por el mero hecho de vivir la vida— se relaciona con la autoridad inasible y anónima que nos confronta con los pronunciamientos de la ciencia.

H. G. Gadamer, *Philosophical Hermeneutics*

Los planteamientos de Medina Echavarría sobre la planeación democrática, así como los comentarios de uno de sus epígonos (Angel Flisfisch), descansan sobre la noción de una pluralidad de racionalidades en el seno de las sociedades modernas y sobre la existencia de una heterogénea distribución social de los conocimientos. Habermas, como hemos visto ya, reflexiona sobre las condiciones en que sería posible el despliegue de esas varias formas de racionalidad suponiendo su aplicación no selectiva, y por ende, autónoma, a las diversas esferas de conocimientos, de donde resultarían también patrones de racionalización diferenciados.

En este contexto queremos retomar ahora la cuestión de la *utilización* de los conocimientos producidos por la investigación social, tal como ella se presenta para lo que hemos llamado un sistema de investigación social postpositivista. Al efecto necesitaremos introducir ciertos desplazamientos conceptuales tanto por el lado (i) del análisis de los conocimientos producidos por dicha investigación como por el lado (ii) del análisis de la transmisión de los conocimientos producidos, y por el lado (iii) del uso o utilización de esos conocimientos.

La producción de conocimientos: especificidad de las ciencias sociales

En el campo de las ciencias sociales, la tradición intelectual de la investigación social positiva se halla en plena evolución, al punto que muchos no dudan en hablar de fenómenos semejantes a las «revoluciones paradigmáticas» que Kuhn ha observado en el campo de las ciencias naturales⁸². Recurriendo a las categorías empleadas antes podríamos decir que en este caso se trata de algo más que de la circulación de ciertas *unidades de variación* —variantes conceptuales que circulan dentro de un sistema en un momento determinado— en la tradición positiva de las ciencias sociales. Incluso, la evolución mencionada entraña algo distinto que la incorporación de ciertas *unidades de modificación* —aquellas que especifican cambios conceptuales efectivamente incorporados a la tradición conceptual en cuestión.

En efecto, estamos frente a algo que se asemeja mucho más a un *cambio de paradigmas*; es decir, a un cambio radical de los compromisos conceptuales y de las reglas básicas compartidos por una comunidad de practicantes en una especialidad cualquiera de las ciencias⁸³. Lo que se impugna, aquello contra lo cual se reacciona, constituye en efecto una de las piedras angulares sobre las cuales descansaba la autocomprensión positiva de las ciencias sociales; cual es, su semejanza con las ciencias naturales positivamente entendidas. Según relata gráficamente Quentin Skinner:

Sin duda, los tiempos han cambiado. Durante la pasada generación se han vuelto a leer y a recomendar filosofías sociales utópicas, el marxismo ha renacido y ha florecido en una asombrosa variedad de formas, el psicoanálisis ha logrado una nueva orientación teórica gracias a la obra de Lacan y sus seguidores;

82. Para una visión general de estas transformaciones puede consultarse Bernstein, Richard, *La reconstrucción...*, *op. cit.*; Skinner, Quentin (comp.), *El retorno de la gran teoría en las ciencias humanas*, Alianza Editorial, Madrid, 1988; Giddens, Anthony, *New Rules of Sociological Method*, Hutchinson, London, 1976; Giddens, Anthony, *Central Problems in Social Theory. Actions, Structure and Contradictions in Social Analysis*, The MacMillan Press, London, 1979.

83. Véase Kuhn, Thomas, *The Structure of Scientific Revolutions*, University of Chicago Press, 1962 y Kuhn, Thomas, *La tensión esencial*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982, cap. 12, «Algo más sobre los paradigmas».

Habermas y otros miembros de la Escuela de Frankfurt han seguido reflexionando acerca de los paralelos entre las teorías de Marx y Freud, el Movimiento Feminista ha incorporado toda una serie de percepciones y argumentos que anteriormente habían permanecido relegados y, en medio de todo este torbellino, las ciudadelas empiricista y positivista de la filosofía social angloparlante se han visto amenazadas y minadas por sucesivas oleadas hermenéuticas, estructuralistas, postempíricas, desconstruccionistas y demás hordas invasoras.⁸⁴

Entre las transformaciones generales del paradigma positivista, «quizá la más importante haya sido la generalizada reacción contra la presunción de que las ciencias naturales ofrecen un modelo adecuado, o siquiera importante, para la práctica de las disciplinas sociales»⁸⁵. Así, cualquier texto contemporáneo de introducción a la sociología que se revise, sostendrá cómodamente que constituiría un error suponer que la sociología debe moldearse muy estrechamente conforme al paradigma (positivista) de las ciencias naturales, o imaginar que una ciencia natural de la sociedad pudiera ser alcanzable o siquiera deseable. A diferencia de las ciencias naturales, se dirá, la sociología «trata de un mundo pre-interpretado en el que la creación y reproducción de los marcos de significado es una característica fundamental de aquello que pretende analizar, es decir, de la conducta social del hombre; por esto es que hay una doble hermenéutica en las ciencias sociales (...) El sociólogo observador tiene que ser capaz de penetrar en ellas por medio de conceptos, a saber, penetrar hermenéuticamente la forma de vida cuyas características desea analizar o explicar».⁸⁶

En breve, las ciencias sociales diferirían de las ciencias naturales (positivístamente consideradas) por dos conceptos fundamentales al menos:

i) No podemos aproximarnos a la sociedad, a los «hechos sociales», como nos aproximamos al mundo natural, puesto que la

84. Skinner, Quentin, «Introducción: el retorno de la gran teoría», en Skinner, Quentin (comp.), *El retorno de la gran teoría en las ciencias humanas*, op. cit., p. 16.

La recepción en el caso chileno de una familia de esas teorías o enfoques, que genéricamente pueden llamarse humanista-crítica, es analizada en un trabajo paralelo a éste a cargo de Martín Hopenhayn, contenido en el Capítulo 4 de este volumen.

85. *Ibid.*, pp. 16-17.

86. Giddens, Anthony, *New Rules of Sociological Method*, op. cit., pp. 158-59

sociedad sólo existe mediante la continua creación y recreación que hacemos de ella a través de nuestras acciones como participantes sociales. Las actividades humanas no se hallan regidas por causas del mismo modo como lo están los eventos naturales. En cambio, se encuentran sujetas a lo que Giddens llama un «doble involucramiento» de los individuos y las instituciones: creamos a la sociedad al mismo tiempo que somos creados por ella.⁸⁷

ii) De donde se sigue que tampoco las implicaciones prácticas de las ciencias sociales pueden reducirse al uso paralelo de tecnologías derivadas. La relación entre las ciencias sociales y sus sujetos es de otro tipo, efectivamente, a aquella que poseen las ciencias naturales con relación al mundo de eventos de ese orden. Las ciencias sociales se dirigen a un mundo de individuos y grupos cuya comprensión de la situación es parte de la situación y de la historia. Los conocimientos que ellas producen, por tanto, se insertan en lo que hemos llamado un mundo saturado de conocimientos, mundo que se halla diferenciado a la vez en sectores donde la actividad humana se rige por racionalidades que son distintas entre sí.⁸⁸

En suma, las concepciones postpositivistas de las ciencias sociales no abandonan la tradición basada en una actitud objetivante frente a los mundos social y subjetivo, pero reconocen las radicales diferencias de los hechos que abordan respecto a los hechos constitutivos del mundo natural.

En términos de la teoría de las ciencias, las diferencias y similitudes que se establezcan entre ciencias naturales y sociales dependerá, en gran medida, de la visión que tengamos de las ciencias naturales. Dentro

87. Ver Giddens, Anthony, *Sociology, A Briefbut Critical Introduction*, Harcourt Brace Jovanovich, 1982.

88. Lo más que puede sostenerse es que existiría una racionalidad, la racionalidad comunicativa «a la Habermas», que tendría la capacidad de coordinar y mediar entre todas las racionalidades que se despliegan en la vida social, en tanto todas ellas reposan, en última instancia, en interacciones simbólicamente estructuradas a través del empleo del lenguaje común. Al respecto véase el ilustrativo artículo de Hoyos Vásquez, Guillermo, «Comunicación y mundo de vida», *Ideas y Valores*, Universidad Nacional, Bogotá, núm. 71-72, 1986.

del sistema de investigación social positiva ha imperado, según tuvimos oportunidad de observar, una concepción positivista de las ciencias naturales, cuya matriz se trató de aplicar a las ciencias sociales, dando por resultado la idea de que éstas debían construirse al igual como el resto de las ciencias empírico- analíticas.

Siguiendo con cierto detalle la discusión que Mary Hesse hace de esa pretendida similitud podremos entender cómo se ha ido abriendo paso una perspectiva postpositivista en las ciencias sociales, la cual las mantiene sin embargo orientadas hacia la *praxis*, aunque ya de una manera por completo distinta del *social engineering* de origen norteamericano.

Los argumentos que presenta M. Hesse se desenvuelven en el contexto de una reflexión postdeductivista de las ciencias naturales⁸⁹ que, como veremos de inmediato, se apoya en Kuhn y en los debates contemporáneos sobre el carácter «transepistémico» de las empresas científicas.⁹⁰

De acuerdo con esa visión, las ciencias naturales tendrían el siguiente conjunto de características:

1. Las teorías se hallan lógicamente constreñidas por los hechos, pero se encuentran subdeterminadas por éstos. O sea, para ser plausibles ellas necesitan ser coherentes con los hechos, pero no pueden ser conclusivamente refutadas ni exclusivamente derivadas de enunciados de hechos, y por eso ninguna teoría, en cualquier dominio, es la *única* aceptable.
2. Las teorías se hallan sujetas a cambios revolucionarios, los que abarcarán incluso el lenguaje presupuestado en los «enunciados de hecho», los cuales se hallan irreductiblemente «cargados de teoría». Es decir, ellos presuponen conceptos cuyo sentido se encuentra al menos parcialmente dado por el contexto de la teoría.
3. Existen, además, criterios adicionales que determinan las teorías, los cuales reciben su status de postulados racionales o de

89. Ver Hesse, Mary, «Theory and values in the social sciences», en Hookway, Christopher and Pettit, Philip, *Action & Interpretation, Studies in the Philosophy of the Social Sciences*, Cambridge University Press, 1980. Sin recurrir a citas directas me baso en lo que sigue extensamente en ese trabajo.

90. Al respecto, véase Knorr-Cetina, Karin, «Scientific communities or transepistemic arenas of research? A critique of cuasi-economic models of science», *Social Studies of Science*, vol. 12, 1982.

convenciones o de principios heurísticos en diversos momentos históricos. Inclúyense aquí supuestos metafísicos generales o sobre la estructura del mundo, por ejemplo sobre sustancia y causalidad, átomos o mecanismos; y juicios formales de simplicidad, probabilidad, analogía, etc.⁹¹

4. En la historia de las ciencias naturales esos criterios adicionales han incluido a veces lo que apropiadamente se llama «juicios de valor», pero éstos han tendido a ser «filtrados hacia afuera» a medida que las teorías se desarrollaban.

5. Los mecanismos de filtro han sido potenciados por la adopción universal de un valor incontestable por parte de las ciencias naturales, cual es el criterio de la predicción progresivamente exitosa y el control del medio. Mary Hesse llama a éste el «criterio pragmático».

Comentarios a los puntos (4) y (5). Los juicios de valor relacionados con la ciencia pueden referirse ya bien al uso que pueda darse a los resultados de la investigación, o bien pueden incorporarse como evaluaciones más íntimamente conectadas con la construcción de teorías, como aserciones de que es deseable que el universo sea de esta forma u otra, y de que es o no como se desearía que fuera. Estas evaluaciones descansan en valores que, como ha mostrado Kuhn, pasan por esta vía a formar parte de los paradigmas que rigen la producción de la ciencia normal. En este caso, entonces, juicios del tipo debe-ser son transformados en juicios de hecho. Por ejemplo, durante un buen tiempo lo que luego ha venido a llamarse la falacia genética no fue considerada como una falacia. Teorías así construidas no pueden refutarse sólo por los hechos, pues como se vio las teorías no sólo se deducen de los hechos, primero, y segundo, los hechos pueden acomodarse a diversas teorías usualmente. Tampoco podrían eliminarse esos juicios por criterios formales adicionales como el de la simplicidad por ejemplo, pues hay teorías que se desarrollan precisamente en sentido contrario, de simples a más complejas, como ocurre con el universo heliocéntrico de Copérnico, que en su teoría necesitaba de más parámetros que el universo geocéntrico al que vino a reemplazar.

91. Sobre este punto, en apoyo, ver Kuhn, Thomas. «Objetividad, juicios de valor y elección de teorías», en Kuhn, Thomas, *La tensión esencial*, op. cit.

Luego, y aquí reside el punto central del argumento de Mary Hesse, en el *largo plazo* la elección de teorías en las ciencias naturales pareciera depender menos de los criterios empíricos de confirmación y falsabilidad que de lo que ella llama un «criterio pragmático». Explica: en la medida que predicciones exitosas se acumulan, ese criterio pragmático filtra hacia fuera tanto criterios de simplicidad como otros juicios de valor. Así, por ejemplo, los argumentos metafísicos y teológicos contra Copérnico, Newton y Darwin se volvieron progresivamente menos relevantes para la ciencia.

Ahora bien, resulta claro que la adopción del criterio pragmático —el juicio de que la exigencia de éxito predictivo debe imponerse a cualquier otro criterio de elección de teorías— descansa a su vez en la adopción de un juicio de valor que no puede ser filtrado, y que más bien es el supuesto del criterio pragmático. «Es un juicio, señala M. Hesse, que tal vez raramente haya sido adoptado conscientemente por ninguna sociedad científica del pasado, pero que podría ser conscientemente rechazado en el futuro, según resulta cada vez más aparente».

Al comparar ahora esta visión de las ciencias naturales con la lógica propia de funcionamiento de las ciencias sociales, Mary Hesse propone para esta última dos características adicionales:

(6) No existen por el momento, y quizás no pueda esperarse razonablemente que lleguen a existir, teorías generales en las ciencias sociales que satisfagan el criterio pragmático, o sea, teorías que proporcionen una predicción crecientemente exitosa en el dominio social.

(7) Más aún, dado que la adopción del criterio pragmático descansa él mismo sobre un juicio de valor, es posible decidir *contra* ese juicio como una meta incontrarrestable para las ciencias sociales, y adoptar otras metas de valor a cambio.

Comentarios a los puntos (6) y (7). Es posible concebir situaciones en que el criterio pragmático opere también en las ciencias sociales, caso en que los juicios de valor incluidos en el razonamiento de (1) a (5) podrían ser filtrados hacia fuera de modo análogo a como ocurre en las ciencias naturales. Otra cosa es si acaso se desee que ese criterio pragmático (de la predicción crecientemente exitosa y el control) opere también en el campo de las ciencias sociales.

Para el resto de los casos, que seguramente serán la mayoría, será necesario introducir otras evaluaciones y metas de valor para guiar la construcción y elección de teorías. Dice M. Hesse: esos juicios evaluativos serán metas de valor (*value goals*) alternativos al criterio pragmático del suceso o éxito predictivo.

La adopción de tales metas de valor ha sido explícitamente reconocida por diversos clásicos de las ciencias sociales, como en el caso, por ejemplo, de Weber y Myrdal⁹². Pero ambos, argumenta M. Hesse, mantienen la idea de que los juicios referidos a la relevancia de valores de la investigación emprendida son separables completamente de la construcción de teorías y de su confirmación y refutación, las cuales deben mantenerse dentro de los cánones propios de todas las ciencias. O sea, los juicios de valor son tratados como una intrusión negativa. La aspiración máxima sigue siendo la *objetividad*, que podría ser alcanzada si se encuentra la manera de aplicar a las ciencias sociales el mismo criterio pragmático que rige en el caso de las ciencias naturales, permitiendo filtrar hacia fuera las evaluaciones que se inmiscuyen en la construcción de teorías.⁹³

En cambio, Mery Hesse aboga, radicalizando en este punto la postura de Alvin Gouldner⁹⁴, en favor de la explícita realización de esos juicios de valor en el caso de las ciencias sociales. Dado que éstas, dice, no pretenden (ni pueden) explicar el mundo social en el sentido de las ciencias empírico-analíticas, acumulando predicciones crecientemente exitosas, deben proponerse por el contrario entender e interpretar ese mundo en términos tales que la comprensión producida sea coherente con un orden de valores escogidos. A fin de cuentas, concluye, los

92. Véase, por ejemplo, Weber, Max, *Sobre la teoría de las ciencias sociales*, Editorial Futura, Buenos Aires, 1976. Myrdal, Gunar, *Value in Social Theory*, London, 1958 y *Objectivity in Social Research*, London, 1970.

93. En realidad, la aspiración a la objetividad, y a la creencia en su posibilidad, no sólo se articulan, en el caso de las ciencias sociales, con la pretensión de desarrollar un *criterio pragmático* «a la Hesse». También podría postularse que dicha pretensión se realiza en la medida que mantiene en alto el «valor de la verdad» que sólo un determinado ejercicio de la ciencia podría garantizar. Así, por ejemplo, Max Weber: «La validez objetiva de todo saber empírico se basa, y sólo se basa, en que la realidad dada está ordenada según categorías subjetivas en el sentido específico de que constituyen la premisa de nuestro conocimiento, y que están ligadas a la premisa del valor de la verdad que sólo el saber empírico nos puede proporcionar». (Weber, Max, *op. cit.*, p. 88)

94. Se refiere a diversos pasajes de Gouldner, Alvin, *op. cit.*, citados en Hesse, Mary, *op. cit.*, p. 12.

«clásicos» de la sociología han adoptado todos ellos una clara postura de valor. Así podría comprobarse con «el deseo de Weber de rescatar ideales humanos de su dominación por subestructuras, sean económicas o burocráticas; con la necesidad sentida por Durkheim de la cohesión social y la estabilidad frente a los deseos humanos desordenados e irracionales; con la nota de protesta inseparablemente unida al concepto «científico» de Marx de la explotación de la fuerza de trabajo; y con la nada oculta evaluación negativa que Gouldner hace de las sociologías de Goffman y Garfinkel, cuyos orígenes él devela y cuya adecuación juzga no sobre la base de una espúrea objetividad sino sobre la base de su propio sentimiento respecto a la degradación moral de sus imágenes de la sociedad...».⁹⁵

En suma, Mary Hesse aboga por una explícita afirmación de su punto (7); esto es, en favor del reconocimiento de que allí donde no cabe la aplicación del criterio pragmático, otras metas de valor deben ser reflexivamente adoptadas por los investigadores sociales. Lo anterior, agrega, no excluye que allí donde el criterio pragmático (o cualquier criterio realista de la verdad) pudiera ser operativo en el caso de las ciencias sociales, él deba ser aplicado tal como se hace en el campo de las ciencias naturales. En efecto, «existen leyes generales del comportamiento humano (aunque sospecho que sólo *low-level laws*); existen modelos y tipos ideales cuyas consecuencias pueden ser exploradas deductivamente y probadas, y existen predicciones limitadas que a veces tienen éxito. Allí donde esas cosas existen podemos hablar de objetividad en el dominio social, cualquiera sea el sentido que atribuyamos a dicho término en el dominio natural, y *podemos* (pero no debemos) hacer la misma opción de metas de valor para las ciencias sociales que para las ciencias naturales». Es decir, en esas circunstancias podemos adoptar el criterio pragmático, lo cual equivale a incorporar esa precisa meta de valor.

Lo que resulta claro para M. Hesse, y quizá podría serlo para cualquiera que conoce la producción contemporánea de las ciencias sociales, es que la mayor parte de ella no responde, y seguramente no responderá jamás, a la adopción de ese criterio y, por tanto, no se asemeja ni se rige por los mismos principios constitutivos de las ciencias naturales. Luego, en esos casos, corresponderá a las ciencias sociales

95. Hesse, Mary, *op. cit.*, p. 12.

realizar elecciones no pragmáticas de metas de valor, las cuales necesitan ser asumidas reflexivamente y argumentadas públicamente, en medio de la comunidad de pares y de la comunidad mayor de los participantes sociales. De aquí extrae M. Hesse una analogía más general. Sugiere que «la proposición de una teoría social se asemeja más a la argumentación de un caso político que a una explicación propia de las ciencias naturales. Debe buscar y respetar los hechos cuando éstos están a la mano, pero no puede esperar una explicación total de ellos, posiblemente inobtenible. Debe apelar (asimismo) explícitamente a juicios de valor y puede usar, apropiadamente, la retórica persuasiva». Evidentemente, la teorización de las ciencias sociales tendrá que diferenciarse, al mismo tiempo, del argumento político por cuanto ella buscará referirse y dar cuenta de los hechos de un modo más acabado y no podrá jamás apelar al mismo tipo de retórica, debiendo constreñirse a la presentación racional de sus argumentos.

En suma, como muestra este recorrido por la teoría actual de las ciencias sociales, la investigación social está seguramente en camino de librarse de su subordinación a un esquema epistemológico que pretendía que ella operara igual o de manera semejante a las ciencias naturales, mientras se imputaba su relativo subdesarrollo a una falta temporal de madurez. Ahora en cambio, gradualmente, se reconoce que las ciencias sociales no necesitan, ni siquiera pueden, asemejarse a las ciencias empírico-analíticas.

Por eso mismo, el campo de las ciencias sociales, en cada una de sus disciplinas, incluida la economía, se presenta actualmente como abarcando una diversidad de subculturas, correspondiendo cada una a un determinado sistema de investigación. Así por ejemplo, según señala R. Boudon, en el campo de la sociología nos encontraremos con «subcomunidades de creyentes que piensan que el «path analysis» o el análisis factorial es el *nec plus ultra*, otras que sostienen que el enunciado de profecías de largo alcance es la meta principal de su disciplina; algunas están convencidas que la esencia de la sociedad puede descubrirse escrutando pequeñas comunidades típicas, mientras otros han etiquetado esa visión como la «Jonseville fallacy». Algunos creen en la «descripción gruesa», otros en la descripción cuantitativa»⁹⁶.

96. Boudon, Raymond, «Will sociology ever be a normal science?», *op. cit.*, pp. 747-48.

No se trata, como previene el mismo Boudon, de sostener que «cualquier cosa va» en el campo de las ciencias sociales, y de que no existiría por tanto la necesidad de elección entre paradigmas, o de someter la construcción de teorías a la observación de los «hechos» y a los procedimientos metódicos propios de la argumentación científica.

Así, por ejemplo, uno entre los varios paradigmas a la mano puede ser considerado más adecuado al objeto de estudio en cuestión, posición sostenida por Boudon. O bien, una teoría puede ser preferida a otra, pero esa opción —que estará determinada por juicios de valor— debe estar abierta a la argumentación. Debe por tanto ser fundada y eventualmente mostrarse como válida mediante un acuerdo argumentativamente elaborado al interior de la comunidad (o subcomunidad) de practicantes, los cuales (idealmente) se rigen por normas aceptadas y comparten procedimientos argumentativos para arribar a acuerdos de ese tipo.⁹⁷

Desde esta misma perspectiva puede entenderse por qué la investigación social necesita volverse continuamente sobre sí misma, lo que en parte explica la alta propensión hacia la producción metateórica propia de la sociología, por ejemplo⁹⁸, y el hecho que en algunas de estas disciplinas (cosa que no ocurre en el caso de las ciencias naturales) se presente el desarrollo de una subespecialidad que lleva el nombre de «metodologías». Efectivamente, estas disciplinas necesitan clarificar reflexivamente sus propios supuestos y esclarecer sus metas de valor en

97. Lo anterior supone la existencia de comunidades profesionales *dentro* de las cuales, al menos, pueda arribarse a estos acuerdos. Pero no implica que estos últimos pudieran alcanzarse *entre* comunidades, cuyos valores rectores podrían llegar a ser, como de hecho lo son en el campo de las ciencias sociales, *inconmensurables*, en sentido kuhniano. Más bien, entonces, lo que puede ocurrir es que exista una *competencia de hegemonías* entre los diversos grupos de practicantes por imponer, al campo en general o a un sector de éste (disciplinario, temático o de especialización), los valores de discriminación empleados por una de las subcomunidades, o un descrédito de los demás.

En la medida que dicha *competencia de hegemonías* no ocurre exclusivamente en un campo de argumentación sino que en ella intervienen otros factores (criterios pragmáticos de éxito, apoyo financiero, fortaleza de la base institucional, control de recursos organizacionales, incidencia en los medios de comunicación, influencia sobre instancias extracampo, «modas» difundidas desde un centro-difusor, etc.) nos encontraríamos, entonces, frente al hecho de que incluso esos acuerdos decisivos para la selección de teorías no son puramente argumentativos ni obtienen su fuerza de validez exclusivamente desde el interior de los argumentos, sino que dependen en buena medida de esa *competencia de hegemonías* mediada por factores de poder, de riqueza y de status.

98. Véase al respecto, Wagner, David G. y Berger, Joseph, «Do sociological theories grow?», *American Journal of Sociology*, vol. 90, N° 4, January 1985.

la competencia que se suscita entre diversas «escuelas» o «sub-comunidades» que pugnan por la hegemonía..

Entre tales metas de valor ocupa un lugar central la imagen que cada sistema de investigación se forme respecto del tipo de usos que pueden tener los resultados de la investigación. Según vimos en el capítulo primero, en el sistema de investigación social positiva esa meta de valor se hallaba íntimamente conectada (i) con la idea de que la sociedad puede ser mejorada mediante operaciones de ingeniería social y (ii) con la idea hobbesiana de que mediante el uso del conocimiento es posible fundar una política racional o positiva de los asuntos humanos.

En el cuadro del emergente postpositivismo que hemos descrito, esas ideas apenas pueden seguir sosteniéndose. Necesitan, en cualquier caso, una radical redefinición. En nuestro caso, quisiéramos postular que *la investigación social postpositivista posee como meta de valor de uso del conocimiento el acrecentar las capacidades de acción sobre sí misma que la sociedad posee.*

Explicemos brevemente esta formulación.

Según ha escrito A. Touraine, «una sociedad se produce, se adapta y funciona. Es una jerarquía de sistemas. La historicidad de la sociedad es su capacidad de producir sus orientaciones sociales y culturales a partir de su actividad y de conferir un sentido a sus prácticas (...) Las sociedades humanas son capaces de producir sus orientaciones, de ser normativas. Subordinan sus prácticas a una intervención voluntaria sobre ellas mismas, intervención a la que denomino su historicidad»⁹⁹. Como muestra este mismo autor, la sociedad actúa sobre sí misma. *Primero*, porque posee una capacidad simbólica, una facultad de conocimiento, es decir, la capacidad de organizar su relación con el entorno en función de su propia identidad. *Segundo*, porque continuamente genera un excedente que es acumulado e invertido del modo que determina su organización económica. *Tercero*, porque esa propia capacidad de conocer y acumular se vuelve reflexiva y se aprehende ella misma, posibilitando una acción-con-sentido que, en el orden más general, se traduce en un modelo cultural dado según sea comprendida esa capacidad, modelo que entonces guía esa práctica de intervención de la sociedad sobre sí misma.

99. Véase Touraine, Alain, *Introducción a la sociología*, Ariel, Barcelona, 1978, p. 70 y p. 80.

Dentro de tal perspectiva, que concibe a las sociedades como sistemas que se producen y reproducen por la acción de sus propios participantes, la investigación social postpositiva retiene, de su ancestro positivista, el valor-meta de producir conocimientos utilizables por esas prácticas de «producción de sí misma» que realiza la sociedad. Los específicos sistemas de investigación social, según las definiciones que adopten en la particularización de ese valor-meta, se conectarán a esas prácticas de maneras diversificadas, pudiendo, por ejemplo, orientar su producción hacia los *policy-makers*, o hacia los grupos populares de base, o hacia determinados movimientos sociales, o hacia la comunidad académica nacional e internacional, o hacia la empresa privada, etc. En cualquier caso, no podrán evitar (en principio), y cualquiera sea su orientación, que la producción de conocimientos esté disponible, además, para su uso por instancias no buscadas, dentro de un mundo social donde los conocimientos transmitidos siguen trayectorias indeterminadas. (O sea, existe una autonomía relativa del sistema de transmisión de conocimientos).

En suma, proponemos que la investigación social post-positiva reclama estar guiada por una meta-de-valor generalizada, que implica la utilización de los conocimientos producidos en función de la expansión de las capacidades de la sociedad para actuar sobre sí misma.¹⁰⁰

En el momento postpositivista del que venimos hablando, la idea de «utilización del conocimiento» producido por la investigación social no está ya referido exclusivamente a macroprocesos de planeación o a unas pocas pero nítidas instancias de ingeniería social y *problem-solving*. Abarca, también, la mirada de microintervenciones posibles que constituyen la continua producción y reproducción de la sociedad.

100. Expansión no significa aquí, necesariamente, un aumento positivo de ningún tipo, como podría ser, según los valores que se sostengan en esta materia, un aumento de las capacidades de racionalización instrumental o, alternativamente, un aumento de las capacidades de racionalización comunicativa; o, desde otro ángulo, un incremento de capacidades tecnocráticas de *problem-solving*, o un aumento de la capacidad de una clase para volverse dominante dentro de la sociedad. Por eso hablamos de una meta-de-valor generalizada, puesto que ella admite (y requiere) ser particularizada por valores de segundo orden, como algunos de los recién indicados o una combinación de ellos. Una cuestión interesante sería preguntarse, en conexión con este punto, acaso podría existir un sistema de investigación que dejara de tener ese meta-valor como meta, lo cual equivale a preguntarse acaso hay una situación en que pudiera pensarse que el conocimiento producido no incrementa (en ese sentido «neutro») las capacidades de la sociedad de producirse y reproducirse a sí misma. Volveremos en el texto, un poco más adelante, sobre esto mismo.

Además; dicha idea no está tampoco conectada (en principio) a ninguna idea de «progreso» o de «manejo racional» de la sociedad, puesto que reconoce la existencia de múltiples racionalidades que están en juego en la producción y reproducción de la sociedad, suponiendo, además, que todas ellas operan a partir de stocks socialmente disponibles de conocimientos locales, los cuales interactúan hermenéuticamente con el conocimiento producido por la investigación social.

Otra cosa distinta es si acaso la formulación de esa meta-de-valor generalizada (metavalor) sobre el uso de las ciencias sociales permitiría formular, para estas disciplinas, un criterio fuerte de tipo pragmático, como el enunciado por Mary Hesse. Este serviría, entonces, a semejanza de aquel otro, para discriminar entre teorías y para «filtrar hacia afuera» juicios de valor intrusivos, a partir, esta vez, del valor atribuido a la acumulación de «intervenciones exitosas».

Es evidente, de inmediato, que no puede extraerse de este postulado de metavalor un criterio pragmático de ese tipo, puesto que no existen en este caso predicciones exitosas cuya acumulación resultaría en aplicaciones que llevan a incrementar el control sobre el medio. En cambio, las «intervenciones exitosas» serán juzgadas como tales, o rechazadas, en cada caso, a partir de «valores de segundo orden», competitivos entre sí. Dichos juicios evaluativos serán emitidos, además, por los propios participantes sociales, los que actúan sobre la base de puntos de vistas también ellos valóricamente regulados y socialmente condicionados. Tampoco es posible sostener que el «éxito» de esas intervenciones podría ser determinado empíricamente, o sea, «medido» con el instrumental de las ciencias empírico-analíticas que, ellas sí, admitirían la incorporación del criterio pragmático definido de alguna manera. Pues esto último supondría establecer un juicio de valor respecto de lo que debe entenderse por «progreso», momento en el cual empezamos a movernos en un círculo de regresión infinita.¹⁰¹

101. En realidad, tampoco queda claro cómo Mary Hesse resuelve, en su propio argumento, este problema. Más bien, señala que la relación entre el criterio pragmático y cualquier teoría de la verdad «es oscura y necesita más examen». Sugiere que dicho criterio sortea la cuestión de la referencia del lenguaje teórico a la realidad del mundo, postulando en cambio que reposa «sobre el concepto no lingüístico de predicción exitosa», afirmación que torna seguramente aún más oscura la cuestión. Pues no es claro qué debemos entender por un «concepto» que es «no-lingüístico» ni se aclara cómo, entonces, se arriba a acuerdos sobre lo que son «predicciones exitosas», salvo que se vuelva a recurrir a un procedimiento empírico-analítico y se caiga, por esa vía, en una regresión no bloqueable.

La transmisión del conocimiento producido por la investigación social

Un sistema de investigación social postpositiva necesita plantearse, como una cuestión central, los aspectos relativos a la circulación del conocimiento, por lo menos en dos dimensiones. En la dimensión de lo que hemos llamado un mundo social saturado de conocimientos y en la dimensión de la coexistencia, en ese mundo social, de una diversidad de racionalidades que rigen la acción y condicionan la circulación, apropiación y utilización de conocimientos.

Se recordará que Medina Echavarría, en un pasaje de sus escritos, observaba la existencia de *planos de racionalidad* diversos en las sociedades modernas, postulando que en cada uno la acción necesita sujetarse a procesos de racionalización distintivos.

Así, distinguía un primer plano o forma de racionalidad consistente en la pura disposición o capacidad de conducirse frente a las cosas y situaciones ateniéndose a sus características objetivas. Llamaremos a éste el plano de la *racionalidad pragmática propia de la vida cotidiana*, que opera sobre la base de rutinas, en medio de un mundo normalizado y objetivado para efectos prácticos de conducción de los propios comportamientos.

Luego constataba Medina la existencia de una racionalidad propia de un «mundo de vida» hecho de significaciones, creencias y valores, la cual tenía que ver con el sentido y orientación de la vida en contextos que exigen ser interpretados. En realidad, este plano de actuación sólo es distinguible del anterior en la medida que supone ya no una actitud objetivante hacia el entorno inmediato sino una actitud ajustada a normas, para recuperar la terminología habermasiana del primer capítulo. Estamos aquí, pues, frente a un tipo de racionalidad que puede llamarse propiamente comunicativa, en la medida que supone la interacción referida a un mundo social y se realiza en una actitud intersubjetiva. Podría sostenerse que ambas racionalidades complementarias —la pragmático-cotidiana y la comunicativa— forman algo así como el entramado de la vida social que se produce y reproduce a sí misma en cuanto mundo simbólico preestructurado. El primer tipo de racionalidad (pragmático-cotidiana) se corporiza en ese sistema cultural que puede llamarse, siguiendo a Geertz, el «sentido común», con sus características propias de practicalidad, simplicidad o literalidad, «inmetodi-

calidad» y accesibilidad¹⁰². El segundo tipo de racionalidad (comunicativa) supone, en cambio, el uso del lenguaje ordinario para fundar acuerdos en torno a la validez de los enunciados de ese lenguaje. «La acción comunicativa es un proceso de comprensión, entendimiento y acuerdo con consecuencias directas para la acción social. En esto consiste su racionalidad»¹⁰³. Ambas racionalidades, en su conjunto, configuran la constelación práctica de la vida regida por la doble racionalidad del conocimiento cotidiano objetivante y del conocimiento hermenéutico (o comunicativo) que es propio de la competencia de todo participante social despierto o atento. En otras palabras, tanto el objetivismo propio de la vida cotidiana como el *verstehen* aplicado a las interacciones sociales microscópicas constituyen, a este nivel, una característica fundante de la sociedad humana, la que es continuamente producida y reproducida por sus miembros. Por eso mismo, esa doble racionalidad y los conocimientos que ellas movilizan, están continuamente presentes en *todas* las acciones humanas, incluyendo las propias de la vida pública y las de la esfera del trabajo. Por eso mismo, como veremos más adelante, *todo proceso de apropiación y de utilización de conocimientos producidos por las ciencias sociales es «filtrado» o «negociado» a partir de una matriz de conocimientos depositados en el sentido común y dentro de un contexto de interacciones regidas por la racionalidad comunicativa.*

En tercer lugar, Medina Echavarría hablaba de una «racionalidad instrumental», que procede con arreglo a fines de acuerdo a condiciones y circunstancias objetivas. Podemos reservar para este tipo de racionalidad, a fin de distinguirla de la racionalidad pragmática elemental, su connotación habermasiana, como la racionalidad propia del mundo del trabajo, que opera en función de fines y se halla sujeta al uso eficaz de medios. Mientras la acción de finalidad es racionalizada en dirección de la predicción y el control, la otra, la racionalidad pragmática elemental, lo es en cambio en dirección del aprendizaje cotidiano mediante experiencias que van incorporando un «conocimiento tácito» de carácter «práctico» y no metódico.

102. Ver Geertz, Clifford, *Local Knowledge. Further Essays in Interpretative Anthropology*, Basic Books, New York, 1983, cap. 4.

103. Hoyos Vásquez, Guillermo, *op. cit.*, p. 86.

Pero existe también la posibilidad de una acción racional por finalidad en la esfera de las interacciones comunicativamente estructuradas, caso en el cual hablamos de *acción estratégica*, orientada a influir en otros para la obtención de los fines de quienes orientan o realizan la acción. De hecho, se sostiene que con la expansión incesante de la racionalidad instrumental, ésta penetra en todos los campos de la actividad humana, incluso —como muestra Goffman— en la autorrepresentación o expresión dramática de sí mismo y en las interacciones situadas, donde los sujetos buscan no sólo conseguir un acuerdo intersubjetivo orientado por la búsqueda de un entendimiento racional sino, constantemente, controlar las definiciones situacionales y obtener un potencial provecho del otro.¹⁰⁴

Por último, Medina observa la existencia de un plano de racionalidad que es propio de las empresas (genéricamente definidas) que poseen como objeto una actividad ya racionalizada por sí misma, como la ciencia, la actividad militar, la instrumentación burocrática de decisiones o la producción económica. Se trata, en este último caso, de una *racionalidad de las organizaciones* (racionales) que, para complicar el cuadro, supone —por las interacciones que ella organiza— el despliegue de una conciencia hermenéutica. Pues, como señala Habermas refiriéndose en su caso a la empresa de las ciencias naturales, dicha conciencia hermenéutica las afecta a ellas por igual. «La legitimación de las decisiones que dirigen la elección de las estrategias de investigación, la construcción de teorías y los métodos para probarlas y que, por tanto, determinan el «progreso de las ciencias», depende de las discusiones en el interior de la comunidad científica. (...) Una hermenéutica filosófica puede demostrar por qué en este nivel teórico es posible llegar a un consenso motivado racionalmente, pero no a un consenso perentorio»¹⁰⁵. Lo anterior, que calza bien con el tipo de discusión que Mery Hesse y Thomas Kuhn, entre otros, han realizado sobre la construcción

104. En realidad no es este un punto que pueda discutirse más largamente aquí, pero es dudoso que la acción estratégica sea meramente una consecuencia de una expansión incesante de la racionalidad instrumental que desbordaría su propia esfera de operación. Podría suponerse, en cambio, que toda acción comunicativa está orientada, independientemente de otros intereses, por intereses estratégicos inmanentes, que consisten en llegar a un entendimiento racional *en términos de las posiciones ocupadas situacionalmente por los hablantes*.

105. E. Bleicher, J., *Contemporary Hermeneutics. Hermeneutics as a Method, Philosophy and Critique*, Boston y Henley, Londres, 1980, pp. 186-87.

de teorías en el caso de las ciencias naturales, ha sido además largamente elaborado por la moderna sociología de las organizaciones, cuya racionalidad, según ha podido mostrarse, es en el mejor caso parcial y se halla sujeta a un alto grado de ambigüedad interactivamente negociada.¹⁰⁶

Tenemos entonces, tentativamente, un cuadro de varios planos de racionalidad que abarca (i) la *racionalidad pragmática elemental* de la vida cotidiana, (ii) la *racionalidad hermenéutica o comunicativa* propia de la participación en mundos-de-vida normativamente construidos y requeridos de interpretación para su funcionamiento («con sentido»), (iii) la *racionalidad instrumental* de fines, y (iv) la *racionalidad propia de las organizaciones* (que operan sobre la base de actividades de por sí racionalizadas). A estos planos hemos agregado (v) la *racionalidad estratégica* (instrumental) que acompaña y se entrelaza con la racionalidad comunicativa, allí donde esta opera, y hemos supuesto la existencia (vi) de una *racionalidad (comunicativo-instrumental) que rige la acción dramática*, mediante la cual se busca expresar públicamente la propia subjetividad y las vivencias de los participantes sociales.

Nuestro argumento ha sido hasta aquí que en todos esos varios planos los sujetos participantes ponen en juego una base de conocimientos locales acumulados, los cuales se desarrollan, a la vez, de acuerdo a patrones de racionalización específicos. Así, la doble racionalidad de la vida cotidiana encuentra sus respectivos *stocks* de conocimientos locales en (i) aquellos que proporcionan la maestría del mundo de objetos (materiales y simbólicos) inmediatos del entorno, hasta alcanzar las destrezas «objetivantes» que permiten manejar ciertas técnicas, incluso complejas, basadas en el empleo de conocimientos tácitos adquiridos por la experiencia del practicante que se vuelve diestro; y (ii) aquellos que tornan al sujeto en un participante social competente, por el camino de la adquisición de las necesarias competencias de interacción y participación en un mundo social regido por rutinas, normas, creencias y valores.

Se trata pues, en un caso, de los conocimientos depositados en el sistema cultural del sentido común y, en el otro, del conocimiento

106. Ver el texto clásico sobre este tópico en Simon, Herbert, *Administrative Behavior*, Third Edition, The Free Press, 1976 y, además, March, James and Olsen, Johan, *Ambiguity and Choice in Organizations*, op. cit.

adquirido a través de los procesos de socialización y entrenamiento social elaborados a través del lenguaje ordinario que genera el entendimiento de normas y de las expectativas de comportamiento asociadas a ellas. Este último tipo de competencias adquiridas posibilitan, asimismo, la acción estratégica dirigida al control del otro en situaciones de interacción y la acción dramática en torno a la construcción y representación de la propia identidad.

La racionalidad instrumental o de finalidad, distinta de la acción pragmática elemental o cotidiana y de la acción estratégica, está regida por reglas técnicas basadas en el conocimiento empírico. Implica, por tanto, conocimientos de otro tipo, provistos por las ciencias analítico-experimentales, que hacen posible la predicción y el control del entorno por medio del desarrollo de estrategias (instrumentales) eficaces.¹⁰⁷

Por último, la racionalidad propia de las organizaciones, apoyándose en las anteriores, genera su propio tipo de racionalización que se logra por la vía de la diferenciación funcional en la incorporación (y aprendizaje) de los conocimientos requeridos organizacionalmente en cada caso, tratése de burocracias, empresas científicas, de la organización militar, de la organización política, etc.

En cada plano de racionalidad identificado existe, entonces, un universo de conocimientos locales, específicos a ese plano (y subsector del mismo), hallándose sujeta la incorporación de nuevos conocimientos, esta vez provenientes de la investigación social, a una *negociación* especial. Esto es, a un proceso de apropiación y de uso conforme a las propias reglas de racionalidad que imperan en ese plano y mediado por dicho *stock* local acumulado de conocimientos, el que opera como filtro y como matriz de recepción para los conocimientos que provienen desde el lado de la investigación social.

En suma, nos encontramos con que la transmisión o circulación de conocimientos producidos por la investigación social, condición de posibilidad para su utilización (apropiación o incorporación), transcurre por canales o circuitos que están ellos mismos saturados de conocimientos, y que se hallan distribuidos socialmente a lo largo de una

107. No cabe duda que las ciencias naturales (y ciertas versiones de las ciencias sociales) ofrecen también conocimientos especializados que sirven de base para el desarrollo de acciones estratégicas (comunicativas) de control de los otros, conocimientos que pueden incluso materializarse en ciertas técnicas de acción y tecnologías materiales para la manipulación de los mundos simbólicos.

variedad de planos de racionalidad. El uso propiamente tal de los conocimientos surgidos de la investigación, como veremos a continuación, supone por lo mismo una transacción de conocimientos, y no es nunca la mera *aplicación* de un conocimiento, a la manera de una operación mecánica. Más bien, el uso y la aplicación de conocimientos suponen una apropiación hermenéutica, interpretativa, realizada desde una base preestructurada de conocimientos locales, dentro de un entrecruzamiento de racionalidades que pugnan, cada una, por imponer sus exigencias sobre los propios participantes sociales .

El uso o la utilización del conocimiento

Podemos imaginar el proceso de utilización de conocimientos como un proceso organizado en función de diversos «campos de uso», regido cada uno por su propia forma de racionalidad predominante y provisto cada uno de su propio *stock* local de conocimientos preestructurados.

Adaptando la distinción de varios planos formulada más arriba a las necesidades de distinguir ahora entre campos funcionales de uso, podemos identificar: (i) un campo de uso cotidiano y (ii) un campo de uso organizacional. Veremos luego que existe un tercer campo, de denominación ambigua, que opera en el entrecruzamiento entre los dos campos de uso anteriores.

a) El *campo de uso cotidiano* incorpora conocimientos provenientes de la investigación social a partir del «sentido común» de los actores y de sus competencias comunicativas propias, con fines de manejo del medio (pragmatismo elemental); de la lenta transformación del sentido común; del esclarecimiento interpretativo de las situaciones de interacción y de la construcción social de la realidad; de acciones estratégicas (comunicativo-instrumentales) y de la construcción y representación de identidades intersubjetivamente elaboradas.

Quienes en estos casos hacen uso del conocimiento proveniente de la investigación operan como *participantes sociales competentes*; es decir, sobre la base del *stock* de conocimientos y competencias depositados en el sentido común y de aquellos adquiridos por medio de procesos de socialización y aprendizaje social. El proceso de transmisión y apropiación del conocimiento producido por la investigación

presupone en este caso, por lo mismo, su incorporación o «traducción» al lenguaje ordinario de todos los días, que es precisamente aquel en que se manifiesta el sentido común y en que se realizan las interacciones propias del mundo de vida cotidiano.

Frecuentemente las ciencias sociales se presentan como una crítica del sentido común, precisamente porque los conocimientos supuestos por dicho sistema cultural carecen de la teoriedad y metodicidad que los conocimientos científico-sociales reclaman para sí. De allí que suelen presentarse «resistencias locales», ejercidas por el sentido común, respecto a los conocimientos producidos y transmitidos por las ciencias sociales. Digamos así: existe una ciencia «natural» de la sociedad que está contenida en el sentido común y que comanda el grado de autoridad (pragmática) que ese sentido común posee para la construcción significativa de la realidad social.

A propósito de esto resulta interesante introducir la distinción de A. Giddens entre «conciencia práctica como almacenamiento tácito del conocimiento de que los actores echan mano para la constitución de la actividad social, y (...) la «conciencia discursiva», que comprende el conocimiento que los actores son capaces de expresar en el discurso». ¹⁰⁸

La operación de apropiación de nuevos conocimientos surgidos de la investigación social dentro de este campo de uso supone, precisamente, esa «conciencia discursiva». O sea, ella debe ser realizada argumentativamente (y la autoridad de los conocimientos demostrada racionalmente o negociada estratégicamente) dentro de un proceso discursivo de comunicación. (De ahí, asimismo, la potencialidad que existe en el caso de las ciencias sociales de presentar persuasivamente los argumentos, como sugiere M. Hesse).

Según dijimos, la incorporación de conocimientos a este nivel (o sea, en este campo) puede tener una variedad de fines típicos: expandir el manejo objetivante del medio (pragmatismo elemental); la transformación del sentido común; el esclarecimiento interpretativo de las situaciones de interacción y de la construcción social de la realidad; el desarrollo de acciones estratégicas (comunicativo-instrumentales), y la construcción y representación de identidades.

Lo que llamamos «esclarecimiento interpretativo de las situaciones de interacción» tiene que ver, indirectamente, con la función crítica

108. Giddens, Anthony, *Central Problems in Social Theory...* op. cit., p. 5.

y emancipadora que Habermas suele atribuir (como necesidad o ideal) a la teoría social. Se trataría, en breve, de volver más complejo ese plano de la autocomprensión de los actores sociales, dotándolos del conocimiento que permite argumentar la validez de las normas y clarificar la estructura de posiciones que distorsionan las relaciones intersubjetivas. Pero, como hemos mostrado, ese conocimiento puede ser usado, asimismo, para el desarrollo de acciones estratégicas en el plano de la interacción social y para una expresión distorsionada y estratégicamente calculada de la subjetividad de los sujetos. Puede ser ocupado, asimismo, para confirmar pre-juicios y valoraciones infundadas del sentido común, como que los blancos son más inteligentes que los negros y los pobres más flojos que los ricos, etc.

En breve, la teoría social—independientemente de si acaso podría construirse exclusivamente desde el ángulo de intereses críticos y emancipatorios o no— en cualquier caso podrá ser utilizada, en el campo de uso cotidiano, a partir de diversos valores-de-uso, que pueden ser emancipatorios o, por el contrario, de dominación y control de los otros.

La construcción de identidades sociales supone la existencia de un conocimiento adquirido en la experiencia del grupo pero admite, teóricamente, ser «esclarecida» y «enriquecida» o «distorsionada» y «manipulada» por conocimientos provistos desde fuera de la conciencia práctica del grupo, por la investigación social. (Así, por ejemplo, puede pensarse que la identidad propia de grupos «desviados» depende, en alguna medida, de las elaboraciones-de-conocimiento provistas por las ciencias sociales, que racionalizan esas identidades en términos de «etiquetas» (*labels*) y de explicaciones que retroalimentan la capacidad de autocomprensión de esos mismos grupos y la elaboración de su propia identidad).

La provisión, a este nivel, de un conocimiento que posibilite acciones estratégicas fundadas racionalmente supone que las interacciones y situaciones cotidianas tienen componentes estratégico-instrumentales múltiples (como muestra bien la sociología de Goffman). Estos componentes admiten, justamente, ser racionalizados por la introducción de conocimientos que podemos llamar instrumentales en sentido blando; o sea, no asociados directa e íntimamente a la esfera del trabajo. Aunque podría pensarse, también, que existe un «trabajo» de las relaciones interpersonales sobre el cual actúa dicho conocimiento, como ocurre con las escuelas de las *human relations* y, crecientemente,

con la producción de específicas tecnologías de la interacción comunicativa de los individuos para efectos de un mercado del aprendizaje simbólico y de las terapias de la asertividad y el control de las acciones comunicativas.

b) El campo de uso que hemos llamado «organizacional», supone la preestructuración de ese campo en torno a actividades (organizadas) que son de suyo racionales por finalidad y que buscan, declaradamente, usar conocimientos funcionales para la obtención de esa finalidad.

Aquí necesitamos distinguir gruesamente, en el caso de cada organización (en el sentido de empresa racional), entre los conocimientos propiamente organizacionales, que dan lugar al aprendizaje organizacional; y los conocimientos relativos a la función-finalidad de la organización. Ambos conjuntos son matrices posibles de uso de conocimientos producidos por la investigación social.

El primer tipo supone la posibilidad de una *racionalización organizacional*, por la vía del uso de conocimientos que racionalizan (comunicativamente) interacciones organizacionales o que racionalizan (estratégico-instrumentalmente) relaciones y actividades propiamente organizacionales. El segundo tipo supone la posibilidad de una *racionalización de las funciones* (racionales) que desempeña la empresa, mediante la aplicación de conocimientos que mejoran las capacidades productivas de esa función y, por tanto, sus *inputs* y *outputs*, trátase en este último caso de bienes materiales (como en el caso de una empresa industrial) o simbólicos (como en el caso de un establecimiento educativo, una Iglesia o un centro de investigación).

El hecho de que la organización y sus funciones se encuentren preestructuradas en términos de *stocks* de conocimientos racionalizados posibilita y exige, en este caso, que los procesos de utilización del conocimiento deban hacerse en lenguajes o mediante procedimientos comunicativos especializados, dando lugar a estructuras más complejas (o artificiales) de utilización del conocimiento producido por la investigación social.¹⁰⁹

109. Aun así, existe también un plano de racionalidad en las organizaciones que se rige estrictamente por el conocimiento que hemos llamado «cotidiano», en la doble dimensión del sistema de sentido común y del sistema de interacciones simbólicas reguladas comunicativamente.

Desde el punto de vista del uso de conocimientos producidos por la investigación social, las organizaciones que preferentemente interesan son aquellas que intervienen más decisivamente en la producción y reproducción de la sociedad. O sea, organizaciones en la esfera de la producción material y de servicios (empresas); organizaciones en la esfera de la producción y aplicación de decisiones (política y burocracia); organizaciones en la esfera de la producción y reproducción simbólica (educación, información y medios de transmisión simbólica); organizaciones en la esfera del control y uso de la violencia (aparato militar y de seguridad); y organizaciones en la esfera de la producción de conocimientos (ciencia y desarrollo).

De acuerdo con el esquema de Dreitzel citado por Medina Echavarría (ver nota N° 67), los procesos de racionalización involucrados en cada caso tendrían que ver, (i) con la racionalidad de fines y la economía de las funciones (y esto no vale solamente para las empresas industriales) y (ii) con la racionalidad de las decisiones (política) y de los procedimientos (burocracia). Podría argumentarse, sin embargo, que la racionalidad de la política no se encuentra restringida al ámbito decisionista sino que considera, además, una racionalidad de fines sustantivos en orden a la legitimidad de las decisiones.

En todos los casos podemos suponer, en cambio, que está en juego la específica *racionalidad del aprendizaje organizacional* y que se pone en juego la diversidad de formas posibles de *racionalización de las funciones específicas* de cada organización. Veamos ambos aspectos, partiendo por ilustrar el último.

Por ejemplo, la racionalización de las *funciones simbólicas* (en el caso de ese tipo de organizaciones) tiene que ver con la clasificación y el enmarcamiento (*classification and framing*) de los contenidos culturales transmitidos; la racionalización de las *funciones de producción del conocimiento científico* con las «acumulaciones» y «comprensiones», respectivamente, en los casos de las ciencias naturales y sociales, cada una provista de sus propias metas-de-valor que especifican lo que ha de entenderse por «acumulación» (de acuerdo al criterio pragmático) y por «comprensión» (de acuerdo al criterio antes enunciado de expandir las capacidades de intervención de la sociedad sobre sí misma). La racionalización de las *funciones de violencia*, por último, ocurre por el camino de su monopolización legítima por el Estado y su uso por funcionarios en las ocasiones reguladas por procedimientos legal-burocráticos.

En todos los casos cabe hablar, además, de una específica «racionalidad organizacional», entendida aquí no a la manera de la teoría organizacional como racionalización de los procesos de decisión, sino como racionalización de los procesos constitutivos de la organización (aprendizaje organizacional) al servicio de un incremento de la racionalidad propia de los funciones de ésta.

c) Decíamos hace un momento que cabe explorar un tercer *campo de uso* de los conocimientos producidos por la investigación social, de denominación ambigua, donde se entrecruzan segmentos de los campos de uso cotidiano y organizacional. En este tercer campo situaremos tentativamente: (i) a la opinión pública como estructura de uso que preexiste a los medios de transmisión y a la política pero que, en parte, es también producto de su operación; (ii) los movimientos sociales, que surgen del entrecruzamiento (para nuestros efectos de identificación de campos y subcampos de uso) entre experiencias cotidianas colectivas y metas de acción político-culturales.

Se trata, en ambos casos, de algo menos que de organizaciones centrales de la sociedad (vistas las cosas desde el lado de sus capacidades de producción y reproducción de la sociedad) y de algo más que los sueltos y evanescentes grupos que se congregan y desaparecen durante el tráfico cotidiano en el seno de las situaciones menos estructuradas (o menos institucionalizadas) de interacción.

Se trata, en seguida, de instancias que suponen el uso de *stocks* mixtos de conocimientos, parcialmente tomados de la matriz del sentido común (pero de maneras sistemáticas) y parcialmente provenientes de la propia esfera cuasi-organizacional en que estas instancias existen, sin que podamos identificar en este último caso, en sentido fuerte, un tipo de racionalidad inherente a la instancia (ni por su organización ni por sus funciones). De hecho, estas instancias cuasi-organizacionales (a diferencia de las organizaciones de que hablábamos antes) no suponen la existencia de una actividad previamente racionalizada, aunque sí racionalizable (en el sentido que pueden serlo los elementos de la vida cotidiana y las acciones comunicativas envueltas en ella).

Se trata por último, en el caso de estas dos instancias, de cuasi-organizaciones altamente heterogéneas, como lo es la opinión pública (que en parte aparece como el producto de los mismos medios que la expresan, estudian o miden), y como son los diversos movimientos

sociales que pueden operar como estructuras de utilización de conocimientos.

En conclusión, podemos afirmar que el uso de conocimientos producidos por la investigación social, miradas las cosas desde el punto de vista de lo que venimos llamando una naciente tradición postpositiva, aparece como una materia altamente compleja, desprovista ya de la inicial ingenuidad del *social engineering* «a la Hauser», a la vez que mucho más desagregada y multifacética que la concepción, ella misma altamente compleja, de la planeación democrática elaborada por Medina Echavarría.

Nos encontramos, ahora, frente a un mundo compuesto por una diversidad de campos de uso que pueden ser deductivamente identificados a partir de una concepción de la racionalización no-selectiva inscrita como posibilidad en la propia estructura de la modernidad. Dichos campos, diferenciados en su interior a la manera de sistemas de uso, necesitan ser empíricamente estudiados a partir de las diversas prácticas de utilización de conocimientos que ocurren en ellos, y de las maneras en que inciden, en cada uno de esos sistemas, las diversas racionalidades que rigen la acción social.

La variedad y complejidad de esos campos de uso, que como vimos, abarcan simultáneamente la microorganización de la vida cotidiana, la producción y reproducción organizada de la sociedad y las instancias que surgen del entrecruzamiento entre el mundo de vida cotidiano y la producción organizada, se corresponden con la variedad y complejidad de la propia producción de conocimientos provistos por las ciencias sociales. Estas, en efecto, se organizan bajo una diversidad de empresas disciplinarias, cada una de las cuales incluye una diversidad de «escuelas» o «subcomunidades» que resultan, a la postre, en sistema de investigación regidos por metavalores de uso y por tradiciones conceptuales que evolucionan a lo largo del tiempo.

Además, la utilización de conocimientos producidos por la investigación social —vista desde esta perspectiva— aparece como un proceso que se funda en conocimientos socialmente distribuidos, funcionalmente diferenciados e interpretativamente preestructurados en los diversos campos de uso. De donde se sigue que cualquier procedimiento (o dispositivo) de uso de esos conocimientos producidos por la investigación social presupone una específica hermenéutica apropiatoria. Un trabajo de «incorporación» y de «aplicación» que se hace, por tanto, dentro de las restricciones provistas por las estructuras

de cada campo, por el juego de las racionalidades que operan en él y aquellas que son immanentes al propio conocimiento que se pretende incorporar y utilizar.

4. Conclusión: Los modos de utilización del conocimiento

Ustedes preguntarán, por último: si todo esto es así, ¿qué (entonces) de realmente positivo aporta la ciencia para la vida práctica y personal?

Max Weber, *Politik als Beruf, Wissenschaft als Beruf*

Para concluir, contrastaremos algunos de los descubrimientos surgidos de la investigación empírica sobre la utilización de la investigación social con el *marco de análisis* formulado en la última sección, lo que nos ayudará a desarrollar algunas de sus implicaciones conceptuales y analíticas.

Al efecto consideraremos dos trabajos de Carol H. Weiss,¹¹⁰ referidos a la utilización de conocimientos en contextos de formulación de políticas, puesto que sus aportes son considerados habitualmente como uno de los pilares de la naciente sociología de la aplicación del conocimiento¹¹¹. Y, lo que es más interesante desde nuestra perspectiva, ellos se ubican precisamente en el umbral entre la tradición positiva y sus posteriores desarrollos que hemos llamado postpositivistas, pero sin cruzarlo. Lo anterior permite abordar, a nuestro juicio, las limitaciones de su visión y, por contraste, señala las tareas pendientes de construcción teórica y de análisis empírico para la nueva tradición postpositivista.

Partiendo de la constatación empírica de que el uso de las ciencias sociales en la esfera de la política pública es un fenómeno «extraordinariamente complejo», C. Weiss propone seis diferentes *modelos de uso* del conocimiento producido por la investigación social, asociando cada

110. Véase Weiss, Carol. «The many meanings of research utilization» en Bulmer, Martin. *Social Science and Social Policy*. Allen & Unwin, London, 1986 y Weiss Carol, With Bucuvalas, Michael, *Social Science Research and Decision-Making*. Columbia University Press, 1980, caps. 2 y 14.

111. Véase lo dicho, por ejemplo, por Barber, Bernard. *Effective Social Science*. Russell Sage Foundation, New York, 19... , pp. 5-8.

uno de ellos a un diferente sentido o significado atribuido a la noción de «utilización».

El primero de esos modelos, *the knowledge-driven model*, está calcado de la «cadena de descubrimiento» que se ha postulado para el caso de las ciencias naturales y que lleva desde un descubrimiento científico hasta su aplicación tecnológica a la resolución de problemas¹¹². En términos de Weiss, este modelo supone la siguiente secuencia de eventos:

investigación básica—> investigación aplicada—> desarrollo —> aplicación

Vale decir, la mera acumulación de conocimientos generados (dentro de la tradición de las ciencias empírico-analíticas) «presiona» hacia su desarrollo y aplicación. De allí que se diga que este modelo resulta guiado por el conocimiento. Weiss reconoce que este modelo ha sido el predominante dentro de la tradición y la literatura sobre la utilización de las ciencias sociales. Pero, argumenta en contra, que sólo podrían encontrarse escasos ejemplos de verificación de este modelo, lo cual atribuye a varias razones. Una es que el conocimiento producido por las ciencias sociales no es semejantemente autoritativo y exigente como para conducir inevitablemente hacia su implementación¹¹³. Además, sostiene, dicho conocimiento no se presta para ser convertido fácilmente en tecnologías replicables, sean materiales o sociales. Y, tercero, salvo que se reúna un conjunto de condiciones difíciles de congregar, los cuerpos formuladores de políticas no serán habitualmente receptivos hacia los resultados de la investigación social.

En breve, este modelo debería ser rehusado según Weiss tanto porque el conocimiento producido es de una «calidad» distinta del conocimiento provisto por las ciencias naturales, cuanto porque los mecanismos de circulación del conocimiento (el *linkage system* entre productores y usuarios) presenta una serie de desfases, déficits y cortocircuitos, y porque las estructuras de recepción (los *decision-*

112. Para un análisis de la «cadena de descubrimiento» ver Ziman, John, *Introducción al estudio de las ciencias*, op. cit., cap. 1.

113. En realidad, como hemos visto ya, el problema no reside allí sino en la propia naturaleza de esta empresa de investigación, que no genera un *criterio pragmático* basado en la acumulación de predicciones exitosas ni puede generar un criterio similar de acumulación de intervenciones-de-uso crecientemente exitosas, adecuadas, correctas o válidas.

makers, en este caso) presentan características peculiarísimas que vuelven extremadamente complejo (e inusual) este tipo de utilización.¹¹⁴

Como se ve, estamos lejos aquí de la ingenuidad del *social engineering* de los '50, con su optimismo fundado en una traslación más o menos mecánica del modelo de aplicación de las ciencias naturales al dominio de las ciencias sociales.

El segundo modelo que analiza Weiss, el *problem-solving model*, constituye una especie de versión más refinada y acotada de la ingeniería social norteamericana. Supone la aplicación directa de los resultados de una investigación específica a una decisión pendiente. La expectativa, en este caso, es que la investigación proporciona evidencia empírica y conclusiones que sirven para resolver un problema. Se trata pues, como bien observa Weiss, de un modelo lineal al igual que el anterior, sólo que en este caso la *decisión* conduce el conocimiento.

El tipo de conocimiento que la investigación social puede aportar a los procesos de decisión es, según este modelo, extraordinariamente variado; abarcando aspectos cualitativos y de proceso, descripciones cuantitativas, construcción de indicadores, relaciones estadísticas o más generales entre factores, etc.¹¹⁵ En todo caso, se supone que se trata de evidencias empíricamente fundadas que llenan un vacío de información o conocimiento, clarifican una situación a la mano y reducen consiguientemente la incertidumbre en que debe tomarse una decisión.

La investigación en cuestión puede preexistir al *policy-problem* y será seleccionada, en tal caso, sobre la base de esa necesidad, usualmente a través de bancos de datos o redes de información. O bien puede ser directamente comisionada para llenar el vacío detectado en el transcurso del proceso de decisión, caso este último en que se estima que el conocimiento producido podría ser utilizado más fácilmente, con mayor impacto y direccionalidad.

Según Weiss, las expectativas generadas por este modelo sobrepasan con mucho su efectividad empíricamente constatada. Sólo ocasionalmente ciertos estudios llegan a tener una incidencia directa sobre decisiones pendientes. Ello ocurre habitualmente, agrega, en el caso de decisiones de nivel menor y frente a problemas fuertemente acotados.

114. Sobre todo esto véase Weiss, Carol, *Social Science Research*... op. cit., pp. 16-23.

115. Véase sobre esto Lindblom, Charles y Cohen, David, *Usable Knowledge*. Yale University Press, 1979.

Otra vez, el argumento es que para que pudiera darse esa aplicación de conocimientos a decisiones se requeriría un conjunto extraordinario y concatenado de circunstancias, que es difícil que concurren en la práctica: «una situación de decisión bien definida, un conjunto de actores de políticas que tengan responsabilidad y jurisdicción para hacer la decisión, un problema o asunto cuya resolución dependa en cierta medida al menos de mayor información, identificación de la necesidad de información, investigación que provea esa información en términos que calcen con las circunstancias dentro de las cuales la decisión será hecha, resultados de investigación que sean definidos, no-ambiguos, sólidamente fundados y poderosos, que lleguen oportunamente a los decisores que trabajan sobre el problema en cuestión, que sean comprensibles y comprendidos, y que no entren en conflicto con intereses políticos fuertes».¹¹⁶

Dado que estas circunstancias difícilmente podrán cumplirse, concluye Weiss que sería razonable esperar que este modelo tenga escasa aplicación empírica, a pesar de ser vastamente sostenido en el terreno de la «imáginería» sobre la utilización de conocimientos.

El tercer modelo, que Weiss llama «modelo interactivo», supone que el conocimiento producido por la investigación social se incorpora a las «arenas de decisión» mediante procesos interactivos de búsqueda de conocimientos, en competencia o complementariamente con el conocimiento provisto por otros actores: administradores, políticos, planificadores, profesionales, clientes, periodistas, grupos de interés, amigos, asistentes, etc. No estamos aquí pues frente a un modelo lineal sino a uno que supone un conjunto relativamente desordenado (no sistemático) de interacciones y de «idas y venidas» de la información y los conocimientos concurrentes, que eventualmente contribuyen como *inputs* a la decisión. En este caso, por tanto, el uso de la investigación es sólo una parte de un proceso más complejo que utiliza, además, la experiencia, la presión, la intuición política, tecnologías sociales y juicios evaluativos de diverso tipo.

Lo que Weiss describe a propósito del modelo interactivo, nos recuerda lo que antes nosotros mismos hemos analizado como la utilización de conocimientos en mundos saturados de conocimiento, imbricados a la vez por el interjuego de diversas racionalidades. Y nos

116. Weiss, Carol, *The many meanings...* op. cit., pp. 34-35.

recuerda, asimismo, lo que ya apuntábamos en su momento: que incluso en organizaciones que suponen su propia racionalidad (organizacional y de las funciones), incluso allí nos encontramos con la ineludible necesidad de procesos interactivos, de carácter hermenéutico y estratégico, que conducen a construir socialmente la realidad (o las decisiones) y a negociar el significado de lo que se está haciendo cuando se hacen decisiones.

El cuarto modelo propuesto por Weiss recibe el nombre de «modelo político» y constituye, en verdad, sólo una variante de aplicación del conocimiento que se pone al servicio de la justificación de decisiones a las cuales se ha arribado por otros compromisos o en defensa de intereses no fundados en el conocimiento. El argumento de Weiss es que el uso de la investigación social para apoyar ciertas posiciones predeterminadas sigue siendo, sin embargo, una manera de utilización, por espúrea que pudiera aparecer. Se trataría, por tanto, de un uso puramente instrumental del conocimiento que se pone así al servicio de una posición, reforzándola en función de decisiones que se trata de justificar. Dentro de nuestra propia conceptualización presentada anteriormente, tal uso no necesitaría tratarse negativamente. En efecto, él refleja que en situaciones de decisión entran en juego diversas racionalidades, una de las cuales supone la movilización de acciones estratégicas (comunicativas) a cuyo servicio, por ejemplo, convendrá en ciertas oportunidades poner los conocimientos recibidos de la investigación social.

Semejante al anterior es el «modelo táctico» de utilización del conocimiento a que se refiere C. Weiss. En este caso ni siquiera se recurriría a la sustancia de los resultados para apoyar una posición ya adoptada sino meramente a la legitimidad asociada con la investigación y con los conocimientos que ella produce, en orden a obtener, cambiar o evitar una decisión. Así, por ejemplo, se usará tácticamente el hecho de haber encargado una investigación, o de contar con resultados producidos por investigaciones, o de estar asociado a investigadores reputados, con el exclusivo propósito de maniobrar en la «arena de decisiones» y de ganar ventajas posicionales. Cabría hacer aquí el mismo comentario que hicimos en relación al tono negativo empleado por C. Weiss para describir el modelo anterior.

A su sexto modelo C. Weiss lo llama de «esclarecimiento o ilustración» (*enlightenment model*), indicando que tal vez sea el más frecuentemente empleado para incorporar la investigación social a la

«arena política». En este caso no estaríamos frente al impacto causado por un estudio determinado, ni siquiera por un conjunto de estudios relacionados entre sí. Más bien, son los conceptos y las perspectivas teóricas que han sido generados por la investigación social los que en este caso permean el proceso de decisión. El supuesto subyacente a este modelo es que las generalizaciones y orientaciones producidas por la investigación social circulan entre los públicos informados llegando a moldear la manera en que la gente piensa sobre los problemas sociales. Los resultados y las generalizaciones producidos por la investigación se distribuyen así a través de una variedad de canales de comunicación — revistas especializadas, libros, los medios de comunicación, conversaciones con colegas— a lo largo del tiempo, dotando a los decisores con maneras de dar sentido al complejo mundo en que deben operar y decidir. Así, por ejemplo, la investigación social podría sensibilizar a los decisores hacia nuevos problemas o asuntos, o cambiar drásticamente la manera en que ellos definen los problemas, o convertir a algunos de éstos en no-problemas, o identificar qué aspectos de un problema son abordables. Puede asimismo ayudar a cambiar los parámetros dentro de los cuales se buscan las soluciones. En el largo plazo, junto con otras influencias, el conocimiento provisto por la investigación social contribuirá a redefinir la agenda política.

C. Weiss sugiere que es probablemente esta última la modalidad que más comúnmente adopta la incorporación de la investigación social dentro de la «arena política» y en las situaciones de decisión. A la vez, llama la atención hacia el «efecto-confortable» que podría asociarse a este modelo. Pues él parece prometer que, sin mayor esfuerzo, la verdad triunfará. Sin embargo, argumenta Weiss, el proceso de esclarecimiento postulado posee su propio conjunto de limitaciones. (i) Dispensa tanto generalizaciones válidas como inválidas. (ii) Algunas de las comprensiones provistas por la investigación social que adquirirán valor de moneda corriente pueden ser, justamente, aquellas más simplistas, inadecuadas o erróneas. (iii) No existen en este modelo procedimientos adecuados para descartar lo que pueda ser considerado conocimiento obsoleto o confuso. (iv) Es un medio ineficiente para alcanzar a las audiencias de los decisores; los resultados pueden tardar demasiado en llegar o llegar, pero no donde se los necesita. (v) Por último, la acumulación de investigaciones en el caso de las ciencias sociales no lleva a reducir y simplificar los problemas estudiados sino, por el contrario, los torna más complejos. Además, se generan resultados que

son incompatibles o contradictorios entre sí. Así, bajo este modelo, «el efecto puede ser una ampliación y enriquecimiento de nuestra comprensión de las múltiples facetas de la realidad, pero las implicaciones para las políticas son menos simples y claras». Al final, quienes advocan cualquier política podrían encontrar generalizaciones de investigación para apoyar su punto de vista.

Completado el cuadro de los seis «modelos de utilización» podemos ahora retomar globalmente el análisis de Carol Weiss. Gran parte de éste, como se ha visto, tiene fines taxonómicos y pretende ilustrar las dificultades que existirían para un «adecuado» uso de la investigación social por parte de los decisores de políticas sociales.

El marco conceptual subyacente al análisis de Weiss consiste en identificar tres sistemas: el sistema de producción de conocimientos, el sistema de utilización por parte de los decisores y un sistema de conexión o transmisión¹¹⁷. El funcionamiento interrelacionado de ellos daría lugar a una diversidad de modelos aparentemente excluyentes de utilización del conocimiento y explicaría, asimismo, las deficiencias en el uso de dichos conocimientos por parte de los decisores de políticas sociales. Tales deficiencias provienen, las más de las veces, o de una sobrecarga de expectativas asociadas a los modelos (casos de los modelos 1 y 2 más claramente) o, principalmente, de disfunciones (empíricamente constatadas o teóricamente postuladas) en alguno de los tres sistemas o en su interrelación.

El problema mayor con este análisis, desde nuestra propia perspectiva, es que él no trata los *asuntos (teóricos) previos* que se necesita abordar para dar respuesta a las cuestiones empíricas envueltas en la aplicación del conocimiento producido por la investigación social.

Por el lado del *sistema de producción*, C. Weiss no trata la cuestión básica de la naturaleza de los conocimientos producidos, remitiéndose implícitamente a una concepción «positivista» de los mismos, que distingue entre resultados empíricos y generalizaciones teóricas inducidas a partir de ellos. Ya hemos visto que esa concepción no da cuenta de las complejas redefiniciones que están experimentando las ciencias sociales en su esfuerzo para librarse del modelo provisto por las ciencias naturales. El hecho de suponer que los conocimientos producidos por la investigación social sólo se diferencian de aquellos provenientes de la

117. Véase Weiss, Carol, *Social Science Research...*, op. cit., pp. 16.

investigación natural o exacta por un menor grado de «autoritatividad» elude el problema esencial del carácter regido por valores del conocimiento social y de su naturaleza inevitablemente hermenéutica. Por eso mismo, este tipo de conocimiento ingresa siempre como un «texto» a ser comprendido dentro del circuito de los decisores o de los usuarios en general.

En seguida, al referirse al *sistema de usuarios*, Weiss se desplaza imperceptiblemente desde una definición del mismo como «arena de decisores» hacia su generalización como «arena política». Se nota aquí, como en otras partes, la falta de una conceptualización adecuada de las diversas estructuras de uso, las cuales, como hemos visto, cambian de naturaleza según se inscriban en uno u otro de varios campos de uso. Es distinto, por ejemplo, estudiar la utilización de conocimientos en el caso de una organización burocrática que hacerlo en el caso de la «arena política» o a nivel de segmentos de la «opinión pública». El análisis de los usuarios, limitado en el caso de C. Weiss exclusivamente a los *policy-makers*, tampoco incluye un tratamiento sistemático de los *stocks* de conocimientos locales a los que aquellos echan mano en sus interacciones y para sus decisiones. Según vimos, esos *stocks* acumulados constituyen una variable constitutiva de los sistemas de uso (recepción y aplicación) de los conocimientos producidos por la investigación social. De hecho, C. Weiss necesita repetidamente recurrir a la noción de conocimiento local acumulado para poder mostrar el funcionamiento de sus varios «modelos de utilización».

Por último, al analizar lo que llama el *linkage system*, Weiss parece suponer la existencia de un sistema de conexiones relativamente estables entre investigadores y decisores, recayendo con ello de nuevo, implícitamente, en el modelo provisto por la «cadena de descubrimiento» tomado de las ciencias naturales y de las actividades de R & D. Sin embargo, cuando analiza los modelos interactivo y de esclarecimiento debe reintroducir, pero por la puerta falsa, la noción de una multiplicidad de canales de transmisión y, por ende, reconocer que el sistema de comunicación de los conocimientos producidos por la investigación social es más variado y complejo que meramente un *sistema de conexión*, como el que se postula en los dos primeros casos.

De cualquier forma, no alcanza a incluirse, con esa conceptualización, lo que antes mostramos era un componente básico de la transmisión de conocimientos producidos por la investigación social. Cual es, que los propios canales de transmisión son «significa-

tivos», en el sentido que ponen en contacto un «texto» (no necesariamente escrito) y unos usuarios que trabajan hermenéuticamente, o sea, que están comprometidos en un juego de interpretaciones a partir de sus propios *stocks* de conocimientos locales y dentro de estructuras sujetas a diversos tipos de racionalización; todo esto sin contar la presencia de los demás intereses (ideológicos, estratégicos y tácticos) en cuya red se hallan envueltos los utilizadores en cuanto decisores, funcionarios, directivos, empleados, investigadores, participantes sociales, etc.

Estas observaciones críticas no invalidan sin embargo —y a lo mejor ayudan a resituar— algunos de los descubrimientos que proporciona el estudio empírico emprendido por C. Weiss sobre la utilización de la investigación social en instituciones de salud mental.

Uno de esos descubrimientos consistió en determinar los *criterios* que los decisores emplean para describir y juzgar estudios que contienen información o conocimientos provistos por la investigación social. Dichos criterios son:¹¹⁸

- relevancia del estudio en relación a las necesidades de trabajo de los decisores (relevancia)
- calidad técnica, objetividad y fuerza de los argumentos contenidos en el estudio (calidad)
- plausibilidad del mismo en relación al conocimiento previo, valores y experiencia del usuario (conformidad)
- guía explícita que ofrece el conocimiento para una implementación viable (orientación)
- reto a supuestos, práctica y arreglos institucionales existentes (reto).

Weiss observó en su estudio que el criterio de *conformidad* es fuertemente operante (en el sentido de que los decisores tienden a descartar como equivocados los conocimientos e información que son incompatibles con su conocimiento local adquirido). Observó, asimismo, que dicho criterio no se halla correlacionado con el criterio de *reto* (en el sentido de que estudios que contradicen los supuestos y arreglos institucionales se asocian casi por igual, positiva y negativamente, con las expectativas de los usuarios). Los cinco criterios, a su vez, se hallan

118. *Ibid.*, p. 250

positivamente asociados, como cabría esperar, a la consideración de los estudios como «útiles». Lo cual significa, también, que los estudios son considerados «más útiles» en tanto confirman el conocimiento (local) previo de los decisores, pero no necesariamente si confirman los supuestos, prácticas y arreglos institucionales. La valoración del factor *calidad* —que no se explica cómo es determinado por los propios usuarios— parece provenir no sólo de la búsqueda de investigaciones competentes (¿de acuerdo a qué criterio de competencia, sin embargo?) sino, además, porque aumenta su potencial de uso táctico en el transcurso de las querellas intraorganizacionales. (O sea, se combinan aquí un modelo de tipo *problem-solving* con los modelos político y táctico).

Los estudios que contienen un *reto* a los supuestos, prácticas y arreglos institucionales parecen ser considerados «más útiles» por cuanto constituyen un llamado a la acción y no meramente confirman una práctica institucional ya establecida, caso en el cual los estudios se tornan poco interesantes (o poco relevantes). C. Weiss explica la incidencia positiva de dicho factor de reto atribuyéndolo al hecho de que permite a los decisores y funcionarios mirar de otras formas las prácticas en curso y, en seguida, al hecho de que el *reto* contenido en los estudios considerados era siempre limitado al orden institucional analizado, sin representar por ello un cuestionamiento de la esfera mayor en que se incluye el funcionamiento de ese orden institucional. Además, observa que los estudios con un alto contenido de *reto* no son utilizados para una acción instrumental (correctiva) inmediata sino, más bien, operan esclareciendo problemas, mostrando otros ángulos alternativos de visión y motivando nuevos pensamientos, todo lo cual resultó ser positivamente valorado por los decisores.

En suma, los factores de *calidad* y *conformidad* contribuyen a la *confiabilidad* de un estudio, y suponen que el decisor evalúa, de alguna manera, la competencia científica de un estudio y si acaso éste se ajusta a sus propias expectativas, fundadas en conocimientos localmente adquiridos y en experiencias previas.

Los factores de *orientación* y *reto* son empleados por los usuarios como un *test de utilidad*. Aquellos estudios que poseen una fuerte orientación hacia la acción son considerados positivamente cuando no contienen un significativo factor de reto. Inversamente, aquellos que contienen un alto grado de *reto* son tomados en consideración solamente cuando no se hallan dirigidos hacia la acción. Existiría pues una especie de *trade-off* entre ambas utilidades.

Así, el argumento de C. Weiss es que los potenciales usuarios (decisores en este caso) filtran y seleccionan, dentro del flujo de estudios que llegan a su atención, aplicándoles un doble test: de confiabilidad (verdad) y de utilidad. Sólo aquellos que aprueban el doble examen obtendrán audiencia. Lo cual no significa, todavía, que vayan a ser efectivamente utilizados en función de decisiones pendientes.

El tipo de utilización más frecuente observada por Weiss en su estudio la lleva a concluir que la modalidad más común de utilización es «la difusa y no dirigida infiltración de ideas provistas por la investigación en la comprensión de mundo» de los decisores. Estos últimos informan, en cambio, sobre un escaso uso deliberado y dirigido de resultados de investigaciones individuales. Más bien «absorben los conceptos y generalizaciones de muchos estudios a lo largo de un período de tiempo extendido e integran ideas provistas por la investigación, junto con otras informaciones, en su interpretación de eventos». Los propios decisores reconocen que ese tipo de utilización del conocimiento «posee importantes consecuencias. A lo largo del tiempo afecta lo que ellos piensan y lo que hacen. No se trata de un uso consciente y planeado, ni se halla dirigido hacia aplicaciones inmediatas, pero la información provista por la investigación que se filtra hacia su *stock* de conocimiento representa una parte del capital intelectual que ellos usan en el curso de su trabajo».¹¹⁹

Concluye C. Weiss de allí, que la utilización de conocimientos provenientes de la investigación social posee un carácter que llama «básicamente conceptual», y que nosotros hemos identificado como un uso situado dentro de complejos procesos de interacción comunicativa y de continua interpretación.

Sin embargo, pareciera que ese carácter propiamente hermenéutico de la utilización de conocimientos estuviera reservado solamente a los fenómenos de uso que se identifican más fácilmente con los modelos interactivo y de esclarecimiento. Lo razonable, por el contrario, es suponer que se trata de una característica inherente a *todos* los procesos de uso del conocimiento, incluso si se trata de investigaciones encargadas o contratadas o del uso de información altamente formalizada.

Digámoslo así: las estructuras de recepción y uso del conocimiento, en cualquier campo que se ubiquen, incluyendo el campo

119. *Ibid.*, p. 263

organizacional en que actúan los decisores, son siempre estructuras saturadas de conocimiento local y operan por eso a través de procedimientos hermenéuticos de apropiación y aplicación. Esto mismo los torna radicalmente distintos a aquellos procesos típicos de utilización que se hallan ubicados al final de la «cadena de descubrimiento» en el área de las ciencias naturales y de las actividades de R & D.

El hecho de reconocer dicho rasgo estructural propio de los procesos de utilización del conocimiento nos aproxima, de cualquier forma, más cómodamente a los modelos interactivo y de esclarecimiento de Weiss. Efectivamente, ellos identifican aquel tipo de procesos de utilización que suponen más intensamente procedimientos hermenéuticos. A ellos podrían agregarse, bajo esta misma óptica, los modelos que Weiss llama táctico y político, puesto que ambos suponen, igualmente, un uso interactivo de los conocimientos y su empleo de acuerdo a consideraciones de racionalidad estratégico-comunicativa.

Se recordará que esas estructuras invariablemente hermenéuticas de uso no son, sin embargo, todas iguales entre sí, debiendo distinguírselas según el campo de uso en que se ubican y, por tanto, según cuáles son los patrones típicamente predominantes de racionalización que en el caso de cada una de ellas impera.

Podemos desarrollar esta idea a propósito del modelo del *problem-solving* a que se refiere Weiss. Su modelo de supuesto lineal, guiado por la demanda de conocimientos proveniente desde el lado de los decisores de políticas, es, en efecto, sólo uno entre varios posibles para entender la utilización de conocimientos dentro de esa actividad llamada de *problem-solving*.

Por de pronto, lo característico de esa actividad, como muestra el propio estudio de Weiss, es la sistemática *complejidad* de los problemas que necesitan ser resueltos¹²⁰. Piénsese, por ejemplo, en el problema de la polución, o en cualquier otro que necesite ser atacado mediante la formulación e implementación de políticas. Sólo si abordamos el estudio de las decisiones referidas a ese problema como sujetas exclusivamente a una racionalidad analítico-instrumental, desembocamos en el callejón sin salida donde se demuestra que, salvo en casos excepcionales, podría producirse un verdadero «calce» entre la necesidad de

120. Incluso los problemas aparentemente más triviales de una organización son, una vez que se los aborda, problemas complejos. Véase al respecto, March, James y Olsen, Johan, *op. cit.*

contar con conocimientos determinados, en un momento determinado, para una determinada decisión pendiente y la oferta de ese conocimiento. Incluso si ese «calce» llegara a producirse tampoco es evidente, como muestra bien C. Weiss, que el conocimiento oportunamente disponible vaya a ser efectivamente utilizado.

Lo que falla en este análisis son, a nuestro juicio, los supuestos del mismo. Vimos que el modelo del *problem-solving* supone (i) que el fenómeno de la utilización consiste en el uso de investigaciones determinadas en función de decisiones puntuales y (ii) que el proceso de toma de decisiones se encuentra regido exclusivamente por la racionalidad instrumental; cálculo de medios en función de la obtención eficiente de fines claramente definidos.

Por el contrario, cabría concebir el proceso de *problem-solving*, organizacionalmente regulado, a la manera de una actividad que utiliza conocimientos dentro de una estructura decisional regida mixtamente por exigencias de racionalidad instrumental pero, también, por componentes, continua y estructuralmente presentes, de racionalidad comunicativa y estratégica, de acuerdo a las cuales los decisores interactúan en relación al problema entrando en un complicado juego de transacciones argumentativas e interpretativas, no exentas de elementos de fuerza posicional y de la movilización de los intereses asociados a esas posiciones. Por tanto, se hacen presentes en esas situaciones elementos que son propios de los modelos interactivo, de esclarecimiento, político y táctico de Weiss, simultáneamente. Bajo el impulso de esas varias formas de racionalidad, los decisores actúan a un mismo tiempo comunicativa, instrumental y estratégicamente, ajustándose a normas cuya aplicación negocian dentro del contexto de la organización. Incorporan así información y conocimientos proporcionados por la investigación social a su previo *stock* de conocimientos y experiencias, sea que hagan un uso técnico, táctico o de esclarecimiento de ellos o que los apliquen a la argumentación o para el cálculo estratégico.

Según propone Dryzek, podríamos imaginar la actividad del *problem-solving*, mirada desde este otro ángulo, como una actividad que involucra habitualmente a diversos actores dentro de la «arena de decisión», los cuales una vez dentro de ella quedan en disposición de interactuar en esa arena, en función de producir decisiones de solución. Así visto, el *locus* del *problem-solving* se desplaza desde la manipulación puramente instrumental de conocimientos por los ingenieros de políticas (decisores) hacia los esfuerzos cooperativos (conflictivamente

cooperativos) de un amplio conjunto de participantes. El peso cognitivo radicado al centro de la arena decisoria se reduce correspondientemente.¹²¹

En un esquema como éste, que incluso intuitivamente refleja mejor lo que uno imagina es el funcionamiento típico de una «arena de decisión», la incorporación de información y conocimientos se desplaza asimismo desde el centro hacia el conjunto del sistema de decisión, descentralizándose y multiplicándose con ello también los puntos de acceso de información y conocimientos.

Puede postularse, entonces, que dentro de un enfoque como éste, la utilización de conocimientos llegaría a captarse más exhaustivamente, aún cuando ella opere pluralistamente y de manera descentralizada o, incluso, dispersa.¹²²

Es posible que al adoptar este enfoque se corra el riesgo de imaginar que los consensos requeridos para la actividad de *problem-solving* podrían generarse exclusivamente dentro de una esfera de racionalidad comunicativa. Convendría, por el contrario, partir del supuesto que dicha racionalidad estará sujeta a distorsiones sistemáticas de la comunicación, puesto que los procesos comunicativos involucrados están siempre estructuralmente condicionados por jerarquías, por el control asimétrico de recursos organizacionales, por patrones preexistentes de influencia, por redes informales de interacción, por el acceso diferencial a la información y los conocimientos, por la intervención de coaliciones posicionales, por el ejercicio de derechos de vetos, etc. Todos estos elementos operan sobre las situaciones de comunicación impidiendo que se generen consensos (decisiones) basados exclusivamente en la fuerza del mejor argumento y, por tanto, sobre la exclusiva base de conocimientos provistos por la investigación.

Lo anterior no constituye en realidad un obstáculo para el enfoque postpositivista que aquí se ha adoptado. Pues dentro de tal enfoque, la

121. Dryzek, John, «Complexity and rationality in public life» *Political Studies*, vol XXXV, N° 3, September, 1987, p. 435.

122. Es evidente que este enfoque plantea problemas a la hora de estudiar empíricamente «arenas de decisión» en relación a procesos de utilización de conocimientos. Existiría una suerte de *trade-off* entonces entre esa dificultad empírica y el hecho de abandonar una teoría (modelo) que, en cambio, conduce a no percibir prácticamente ningún uso de conocimientos en situaciones de *problem-solving*, como le ocurre a C. Weiss en el caso de su segundo modelo.

propia naturaleza de los conocimientos producidos por la investigación impide pensar que los enunciados pudieran fundar, por su sólo poder teórico o empírico, consensos suficientes para arribar a decisiones basadas en el puro criterio de verdad o de objetividad de esos conocimientos.

Ni existe tampoco un *criterio pragmático* que pudiera servir para desechar las teorías competitivas en nombre de utilidades cada vez más exitosas del conocimiento producido. De allí que las teorías sigan operando mientras cuentan con una audiencia, así como los conocimientos producidos bajo su orientación siguen disponibles hasta volverse obsoletos y perder relevancia.

En suma, puede decirse que los decisores arriban a consensos (orientados hacia la decisión), los cuales pueden considerarse *racionalizados* sólo desde el punto de vista acotado de una *racionalidad comunicativa aplicada*, en la cual se mezclan elementos de racionalidad instrumental y estratégica que compiten por incidir en la definición de fines y en la selección de los medios más adecuados para alcanzarlos.

Es en esos contextos de racionalidades entrecruzadas y de sistemática distorsión de los procesos comunicativos donde los conocimientos producidos por la investigación social llegan eventualmente a incidir en las actividades de *problem-solving*, en continua interacción con *stocks* de conocimientos locales y con el capital de conocimientos y experiencias acumulado por los participantes.